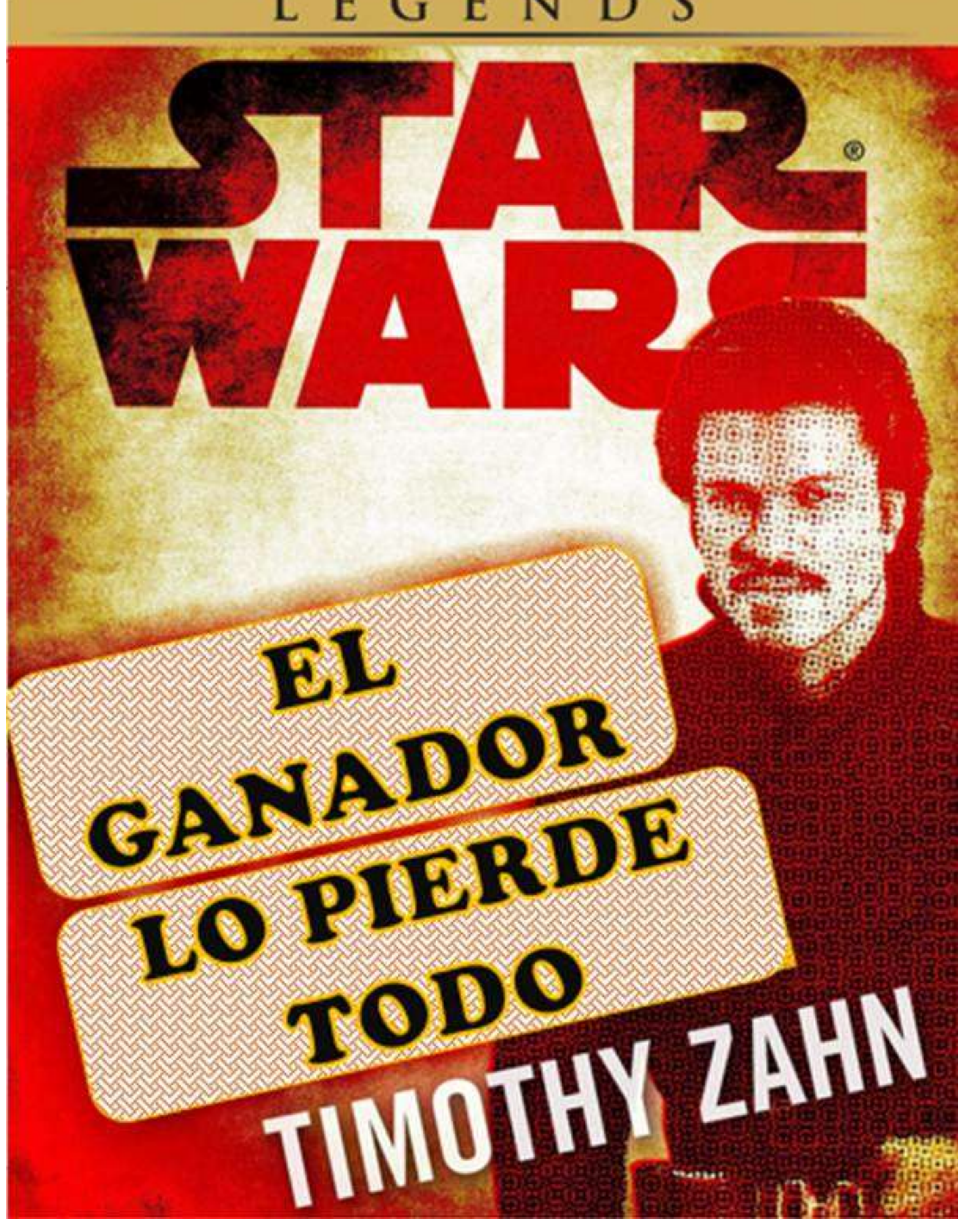

LEGENDS
STAR WARS
EL GANADOR LO PIERDE TODO
TIMOTHY ZAHN

Lando y un par de improbables aliados se ven involucrados en un peligroso juego. Afortunadamente, Lando puede sobrevivir contra las probabilidades… una habilidad que necesitará en grandes cantidades.

Lando Calrissian no es ajeno a los torneos de cartas, pero este tiene una atmósfera verdaderamente electrizante. Eso se debe a que el premio es una rara escultura que vale cincuenta millones de créditos. Si Lando no es cuidadoso, lo va a estropear, especialmente después de conocer a las gemelas idénticas Bink y Tavia Kitik, ladronas maestras que tienen razones para creer que la escultura es una falsificación. Las Kitik son hermosas, peligrosas y están decididas a arreglar las cosas… y han convencido a Lando de ayudarlas a exponer la estafa. Pero lo que enfrentan no es una simple traición, ni siquiera una triple traición retorcida. Es un enorme juego de poder de proporciones colosales. Porque hay un cerebro oculto que tiene todas las cartas y tiene una solución a prueba de fallos para cada problema: el asesinato.



El ganador lo pierde todo

Timothy Zahn



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Winner Lose All*

Autor: Timothy Zahn

Publicado originalmente como ebook, más tarde incluida junto a la novela *Scoundrels*.

Publicación del original: 2012

0-3 años después de la batalla de Yavin

Traducción: Darth Blindpath

Revisión: Holly

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

20.03.17

Base LSW v2.21

DECLARACIÓN

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

CAPÍTULO I

A lo largo de los años, Lando Calrissian había aprendido que cada torneo de Sabacc tenía su propio sabor y textura. Los torneos en los niveles superiores del Centro del Imperio y en otros mundos del Núcleo, eran elegantes y refinados. Las partidas de juego de las que participaban también otros competidores, eran más intensas, y estaban repletas de jugadores agudamente conscientes de que los ganadores se irían a casa siendo ricos, mientras que los perdedores no tendrían para comer por algunos días. Las partidas de juego en las que participaban los hutts o los clientes de los hutt, usualmente tenían como aderezo, la aparición de sendos blásters, por lo menos una vez antes de que se repartiese la mano final.

Pero no fue hasta que hubo ingresado a través de las puertas del Casino «Carta Superior» en Danteel City, que Lando pudo sentir una atmósfera que en verdad podría etiquetar como electrizante.

Y presidida por una pequeña maravilla. Veilred Jydor, jugador principal, financiero y dueño del «Carta Superior», estaba ofreciendo su Tchine.

Lando hacía tiempo que no había oído hablar de las Tchines cuando el torneo fue anunciado dos semanas estándar antes. Pero no tardó mucho en ponerse al día. Las Tchines eran un conjunto de esculturas, a veces llamadas las Siete Hermanas: esbeltas figuras de treinta centímetros de altura, delicadamente humanoides, creadas a partir de una piedra gris única e increíblemente resistente por parte de un desconocido y ciertamente antiguo artesano. Aún más misterioso era el hecho de que las siete figuras eran idénticas.

Al principio, Lando no había creído esa parte del cuento. Pero al tiempo que navegaba por la HoloNet y leía los informes, se vio obligado a llegar a la misma conclusión que todo el resto de investigadores a lo largo de los años, se habían visto obligados a reconocer. Por increíble que fuera, la gran precisión con que habían sido hechas las esculturas, hacía que fueran perfectamente idénticas.

Había muchas cosas extrañas en toda la Galaxia, y Lando había aprendido a aceptarlas de manera filosófica. Lo que elevaba a las Tchines por encima del nivel de mero interés académico, era el hecho de que cada una estaba valorada entre cuarenta y cincuenta millones de créditos. Y Jydor estaba ofreciendo la suya como premio para el torneo. El ganador se llevaría todo.

Un par de rodianos se abrieron paso más allá de Lando, casi derribándolo. Recuperó el equilibrio y les manifestó su forzada molestia. Nunca había visto a esos rodianos en particular con anterioridad, pero con un objeto de arte tan increíblemente valioso, seguramente cabría esperar ver muchas caras desconocidas antes de que esto finalizara. La especulación era desenfrenada en cuanto a la razón por la cual Jydor, de repente, había decidido separarse de uno de sus más valiosos tesoros de colección, pero la teoría más popular era que había hecho algunas malas inversiones, y que necesitaba hacerse rápidamente una buen montón de créditos.

Si eso era verdad, había encontrado la manera perfecta para hacerlo. Había ocho asientos en la mesa del torneo, seis de ellos valorizados en diez millones de créditos cada uno. Seis ya habían sido inmediatamente comprados, lo que significaba que antes de que comenzara el juego, Jydor ya contaba con entre diez y veinte millones más de lo que habría obtenido si simplemente hubiera vendido o subastado la estatuilla. Y eso sin tomar en cuenta a todos los visitantes extra que el juego estaba atrayendo hacia su Casino y al Hotel adjunto.

Sólo para aumentar la emoción -y obviamente para aumentar las filas de la multitud- anunció que los dos últimos lugares en la mesa estarían reservados para los ganadores de un torneo preliminar de eliminación.

Lando quería ganar uno de esos lugares.

Hacia adelante, en la dirección en que lo estaba llevando la muchedumbre, pudo apreciar un holo flotante que señalaba la mesa de inscripción. Manteniendo un ojo alerta para identificar caras familiares, especialmente las caras familiares que pudieron acarrear antiguos rencores, Lando se dirigió hacia ella.

—Bueno, bueno, —murmuró Tavia Kitik desde el otro lado de una mesa para cenar localizada en la tapcaf[1] que daba acceso a la gran entrada de la «Carta Superior».

Bink Kitik levantó la mirada de la deliciosa taza de shrimpi que estaba comiendo en ese momento, para encontrar que su hermana gemela se encontraba observando a la multitud de esperanzados que se dirigían hacia la mesa de registro.

—Bueno, bueno, ¿qué? —le preguntó.

—Otra cara familiar, —dijo Tavia con un movimiento microscópico—. Lando Calrissian.

En la tercera esquina de la mesa, Zerba Cher'dak se sobresaltó.

—He oído ese nombre con anterioridad, —murmuró.

—Probablemente, —asintió Bink—. Posiblemente lo hayas oído de nosotras.

—Nos hemos topado con Lando de vez en cuando, —agregó Tavia—. Un tipo agradable y relativamente culto.

—Sólo porque somos lindas, —dijo Bink secamente. Girando casualmente su cabeza, siguió la línea de visión de Tavia hacia la multitud conformada por jugadores, por aquellos que tenían la esperanza de ser probables jugadores, y por los que serían probables espectadores.

Correcto, se trataba de Lando. Estaba abriéndose camino aguas arriba a través de la multitud, con una tarjeta de datos de color azul en la mano y una expresión atenta pero satisfecha en su rostro.

[1] Tapcaf: término empleado para denominar indistintamente a una taberna o una cafetería. Universo de Star Wars. N. del T.

—Pareciera como si estuviera dirigiéndose al carril azul, —agregó—. Coqueto o no, el hombre apunta alto.

—Así que está aquí para jugar, —murmuró Zerba—. Maravilloso.

—Relájate, —dijo Bink—. Está en el carril azul, tú estás en el rojo, ¿quién sabe? Tal vez ambos consigan un lugar en la gran mesa.

—No pienso perder el tiempo hasta averiguarlo —replicó Zerba—. Me pregunto si no verá a alguna de ustedes y nos echará abajo todo el juego.

—No te preocupes, Lando es más listo que eso —le aseguró Tavia—. Él sabe cuál es nuestro trabajo, y sabe mejor que nadie que no debe dirigirse a nosotras por nuestro nombre en público.

—No al menos hasta que sepa cuáles son nuestros nombres actuales, —agregó Bink—. Ha conocido una media docena de ellos a lo largo de los años.

—Espera un momento, —dijo Zerba. Se inclinó hacia delante, como si una mayor proximidad a las dos mujeres les diera a sus antena-palpos ocultos en su laqueado cabello, un mejor acceso a sus pensamientos o emociones, o lo que fuera que los balosars realmente clamaran que sus antena-palpos podían hacer—. ¿Él conoce tu trabajo? ¿Sabe que eres una ladrona fantasma?

—Sí, y sí, —dijo Bink—. Tavia tiene razón, no nos va a entregar.

Zerba soltó un pequeño resoplido.

—Cualquiera puede ser comprado, Bink, —le dijo—. Es sólo una cuestión de precio; quizás debería cambiarme al carril azul y asegurarme de que sea eliminado antes de que pueda verlas.

—No, —dijo Tavia con firmeza—. Lando no ha hecho nada para merecer eso. Miró a Bink. Además, parece hambriento, supongo que necesita hacer una buena faena.

—¿Cuándo no lo ha estado?, —Bink estuvo de acuerdo—. Sin embargo, es poco probable que lo logre aquí, no al menos con los grandes nombres que Jydor ya tiene en su mesa. Relájate, Zerba. Pase lo que pase, él no va a ser un problema.

—Como tú digas, —dijo Zerba, sin parecer convencido—. Recuerda, si te atrapan, yo no tengo ni la menor idea de dónde conseguiste ese lujoso vestido ni esa tarjeta. —Dicho eso, devolvió su atención hacia su plato.

Bink miró a Tavia a través de la mesa. Su hermana también había reanudado la cena, pero tenía una rigidez en los hombros que no había evidenciado antes.

Probablemente, ella simplemente estaba mostrando un aumento en su nivel normal de ansiedad mientras el cronómetro acortaba el tiempo que les faltaba para realizar el trabajo. Tavia odiaba todo este negocio de los ladrones fantasmas, y permanecería preocupada desde el momento en que Bink se dirigiera al ático de cien pisos de Jydor, hasta el momento en que regresara con cualquier botín que pudiera robar de su sala de exhibición artística.

O tal vez estaría preocupada por Lando, y por el recuerdo de «como que me llamo Zerba», con respecto a que todo el mundo podía ser comprado.

El momento había llegado, y Jydor estaba desempeñando su papel como un verdadero director de espectáculos.

No era fácil observar desde la mesa situada contra la pared del fondo, donde Lando había sido situado para su primera partida. La doble fila de guardias que cruzaban el gran salón de baile de la «Carta Superior», era poco más que una imponente procesión de hombres grandes y fuertemente armados. Jydor era apenas una figura más en medio del racimo, aunque estaba vestido de manera mucho más elegante, con una túnica de capas de longitud media, y un curvado collar de plumaje azul que contrastaba muy bien con su pelo blanco y rojizo. La estatua Tchine, que se encontraba delante de él, en el medio de una protectora pirámide de transpariacero, -como si fuera la corona real de Alderaan o algo así-, aparecía visible sólo como un pequeño bulto delgado y gris.

Sin embargo, Lando se consideraba afortunado de estar en el salón de baile. Muchos de los jugadores que habían logrado el acceso, habían aterrizado en diversas salas periféricas, donde serían arbitrados por los dictaminadores de juego del casino y vigilados a través de discretas cámaras droide que se cernían sobre ellos desde las elevadas bóvedas.

La procesión terminó en la redonda mesa de Sabacc que se había instalado en el nivel superior de una plataforma de dos niveles, en el centro del salón de baile. Mientras los guardias se formaban en círculos protectores alrededor de la plataforma y a nivel del piso, Jydor ascendió al piso superior, y cuidadosamente colocó la pirámide y la estatuilla en el centro de la mesa.

—Aquí está el trofeo, —vocalizó, mientras su voz resonaba desde los altavoces del salón—. El ganador se lo lleva todo.

Dando un paso atrás, se sentó en la silla que usualmente estaba reservaba para el árbitro del juego, y levantó una mano de manera teatral.

—Que empiecen los juegos.

Con una respiración profunda, Lando volvió a centrar su atención en su mesa. El jugador que había sido elegido por sorteo para repartir las cartas en esta primera mano, un hombre afable, con una permanente media sonrisa tallada en su cara, ya estaba barajando las cartas.

Puedo hacer esto, se mentalizó Lando con firmeza. Flexionando los dedos para anticiparse al reparto, observó atentamente para asegurarse de que el crupier no estuviera actuando con malicia, y preparó su mente para el juego.

—¿Y bien?, —preguntó Bink en voz baja.

—Cuento veinte guardias. —La voz igualmente tranquila de Tavia provenía del clip que contenía un comlink, localizado sobre el hombro del vestido de Bink—. Cuatro parecen ser recién llegados, probablemente traídos de alguna de las otras propiedades de Jydor; todos los demás pertenecen a la dotación de su ático.

Lo que significaba que la sala de exhibición artística, a trescientos metros sobre sus cabezas, se encontraba efectivamente desierta. Con un objeto de arte valorado en cuarenta millones de créditos en medio de una exhibición abierta al público, la rutina de los miembros del equipo de seguridad de Jydor, había sido reorganizada exactamente como ella lo había anticipado.

—Mantén un ojo sobre ellos, —le dijo—. Voy a entrar.

Los turbo-ascensores principales del hotel estaban dispuestos en tres terrazas justo por fuera del salón de baile. Una abierta cabina estaba aguardando al tiempo que ella llegaba, con media docena de personas adentro. Bink se introdujo entre ellos y tecleó el piso noventa y nueve, el que se encontraba directamente por debajo del ático de Jydor. Hubiera sido más cómodo tomar todo el camino hasta el piso superior, pero ninguno de los turbo-ascensores públicos iba hasta ese piso, y Jydor no habría sido lo suficientemente descuidado como para retirar a los guardias de sus turbo-ascensores privados, y agregarlos al contingente del salón de baile.

Palpando su pequeño bolso de mano, observó el indicador y esperó a que la cabina se despejara.

La última persona finalmente bajó en el octogésimo piso. Cuando las puertas de la cabina se cerraron nuevamente, Bink extrajo un pequeño dispositivo en forma de huevo de un pliegue de su vestido, y lo mantuvo aferrado con la palma de su mano derecha; luego giró su bolso hacia arriba y lo retuvo haciendo equilibrio en medio de su palma izquierda. El turbo-ascensor pasó el piso noventa y ocho y, al momento en que se detenía, activó el oculto gatillo del huevo.

Su fino vestido de seda desapareció instantáneamente, abriéndose a lo largo de sus desgarradas costuras, mientras sus partes eran absorbidas e introducidas en el huevo por los casi invisibles hilos de unión, abriendo paso a un recatado uniforme negro con rebordes blancos que había permanecido oculto por debajo de él. Abriendo el bolso, sacó un par de toallas de mano comprimidas que habían sido estrujadas en su interior, las sacudió rápidamente y las volvió a doblar, y luego deslizó el bolso y el huevo ocultándolos en medio de ellas.

Cuando las puertas del turbo-ascensor se abrieron, ya no era una huésped elegantemente vestida saliendo hacia el pasillo, sino solamente una de las sirvientas del Casino en su rutina de entregar algunas toallas.

Se dirigió por el pasillo, adoptando la postura y la expresión tranquila y despreocupada que había notado en todo el personal de servicio del Casino. En cualquier otro piso, esta mascarada no habría sido necesaria; después de todo, pocos visitantes que permanecían alojados de la noche a la mañana, sabrían quién más estaba compartiendo un piso con ellos, o cuál habitación era la suya. Pero incluso un bisoño ladrón fantasma sabría que al personal del hotel, le estaba normalmente prohibido utilizar los turbo-ascensores de los huéspedes.

Pero existía una sutil trampa desplegada aquí, en el piso noventa y nueve, una hacia la que el mismo novato ladrón fantasma, podría haber estado caminando directamente. Afortunadamente para Bink, Tavia había hecho bien su tarea. Las habitaciones de aquí pertenecían a un grupo especial, una mezcla de invitados VIP, altos gerentes del Casino, y guardaespaldas fuera de servicio. En esta planta, y realmente sólo en este único piso, existía una buena posibilidad de que todos tuvieran al menos algún conocido de paso, como todos los demás. Una completa extraña, sin importar lo elegantemente vestida que estuviera, probablemente levantaría las suficientes sospechas como para echarle una mirada más de cerca.

Pero ni siquiera los gerentes se fijaban en el personal de servicio. Siempre y cuando Bink saliera del turbo-ascensor sin que nadie testificara dicha violación de las normas, ella debería estar bien.

Tuvo la oportunidad de comprobar dicha teoría dos veces en su camino por el pasillo, mientras los bien vestidos visitantes pasaban por su lado sin siquiera disminuir el paso. Al llegar a la habitación que tenía como objetivo, llamó discretamente a la puerta, luego sacó su tarjeta y la deslizó por la ranura. La tarjeta llave, a diferencia del uniforme, pertenecía realmente al casino, y había sido sustraída dos horas antes de una criada que se encontraba saliendo fuera de servicio. La tarjeta que Zerba había dejado en su lugar era una copia exacta, aunque por supuesto sin ninguno de los códigos de acceso. Dado que incluso las mejores tarjetas clave ocasionalmente sufrían cierto deterioro, producto del rozamiento, la doncella probablemente jamás se daría cuenta de que había sido cambiada. La primera vez que intentase emplearla, lo que probablemente no ocurriría hasta el día siguiente, no le daría ningún resultado, por lo que casi con seguridad acudiría al supervisor de limpieza y la reprogramaría.

La habitación estaba desierta, como Bink había anticipado que estaría, debido a que su ocupante era uno de los hombres que en ese momento se encontraban custodiando la Tchine de Jydor. Dirigiéndose al refrigerador, dejó el paquete de toallas en una esquina y añadió su traje de limpieza a la pila, quedando vestida con su uniforme de trabajo habitual. Las investigaciones de Tavia habían demostrado que existía un estrecho espacio de acceso entre los pisos noventa y nueve y cien, el cual albergaba algunos de los sistemas de emergencia; los paneles de acceso a dicho espacio, a menudo se encontraban escondidos en los armarios de ropa de recambio.

En este caso, no existía ningún panel de ese tipo. Pero tres minutos de trabajo con su rueda cortadora de un solo filo, y ella había creado uno por sí misma. Empujando la

desprendida losa de cerámica del techo fuera del camino, hacia el entrepiso adyacente, se impulsó hacia arriba.

Si sus cálculos eran correctos, ahora se encontraba directamente por debajo de la sala de exhibición artística de Jydor.

El siguiente paso era ver qué tipo de seguridad interna tenía la habitación. Sacó su micro-taladro y empezó a hacerlo funcionar.

El piso del ático era considerablemente más duro de lo que el techo del armario había sido. Pero el taladro estaba diseñado para el trabajo pesado, y después de otros cinco minutos, ya había perforado un agujero del tamaño de un alfiler a través del mismo. Retirando el taladro para colocar su visor lineal óptico, lo pasó por la abertura y ajustó el ocular sobre uno de sus ojos.

Ahora tenía que averiguar cuán difícil sería atravesar las pesadas puertas abovedadas de la sala de exhibición. Girando el visor lineal óptico en esa dirección, encendió sus luces y lo graduó para lograr un agrandamiento completo.

Había esperado que Jydor fuera el tipo que añadiría seguridades adicionales de acuerdo a su conveniencia, y tenía razón. La puerta era de un diseño de apertura-cierre con un teclado numérico, en la cual, el mecanismo permanecía visible a través de una protectora capa de transpariacero. Ese tipo de instalación le facilitaba al propietario poder cambiar la combinación; también hacía más fácil para alguien que no fuera el propietario, poder ver directamente las barras de codificación y averiguar la secuencia. Un par de minutos de estudio, y ya la tenía.

Por supuesto, entrar en la suite y llegar a la puerta presentaba su propio conjunto de desafíos. Pero podría ser bastante fácil. Saldría por la ventana de la habitación que se encontraba debajo de ella, haría una rápida escalada de la pared con su dispensador de sintetisoga y algunos anclajes de masilla de roca, y daría un pequeño salto sobre el ducto de ventilación en la parte superior de la ventana, - por supuesto, después de desactivar las alarmas-; introduciría un nudo corredizo en medio del ducto para liberar el pestillo de la ventana principal, y estaría adentro. Nada del otro mundo.

Y ahora venía la parte divertida: averiguar qué valía la pena robar.

Girando nuevamente el visor lineal óptico, empezó a realizar un lento barrido de la habitación. Era un espectáculo tan encantador a la vista como ella esperaba que fuera. La Tchine podía ser el objeto de arte más preciado de Jydor, pero había una multitud de objetos menores en la sala de exhibición que podrían proporcionarles a Tavia y a ella, comida y refugio al menos durante un par de meses. Había una escultura de Vomfrey sobre uno de los pilares de exhibición más cercanos, que probablemente valdría algunos miles de créditos. El antiguo libro médico Bocohn medtext era más difícil de valorar, pero valdría mucho más si pudieran encontrar a alguien que lo adquiriera. Sobre otro pilar, localizado en el lado opuesto del Bocohn, oculto a la vista de quien entrara a la habitación por un paño negro que la cubría a medias, se encontraba una cuadrada vitrina de transpariacero.

Bink sintió que todo su cuerpo se envaraba. Dentro de la vitrina había una figurilla Tchine.

La observó durante un prolongado momento. Luego, agarrando su collar, tecleó el clip de su comlink.

—¿Tav?

—¿Sí?, —la voz de su hermana contestó instantáneamente.

—¿Está todavía la Tchine de Jydor en el salón de baile?

Se produjo una breve pausa.

—Sí, por supuesto.

—¿Puedes verla?

—Por supuesto, ¿le ocurre algo?

Bink respiró hondo. Jydor tenía una Tchine. Sólo una. Todos los registros informativos estaban de acuerdo sobre el particular.

Así que si la Tchine de Jydor se encontraba aquí, ¿qué era lo que estaba sobre la mesa del salón de baile?

—¿Bink?

—Voy a bajar, —dijo Bink, retirando el visor lineal óptico del agujero de alfiler, y empacándolo después de retirar su apéndice para el ojo—. Encuéntrame en el salón. ¿Alguna idea de cuándo estará libre Zerba?

—Se supone que hay un receso de un cuarto de hora, cada tres horas, —dijo Tavia—. ¿No vas a entrar?

—Aún no, —dijo Bink mientras empezaba a bajar por la abertura que había cortado—. Podría ser que tengamos que cambiar de objetivo.

CAPÍTULO II

—No, —dijo Zerba con firmeza—. Todas las Siete Hermanas están contabilizadas.

—¿Estás seguro? —preguntó Bink.

—Tres se encuentran en el Centro Imperial, —dijo Zerba, contando con los dedos—. Una en Rendili, otra en Corellia, y otra que también se encuentra aquí en la ciudad, en poder de esa noble devaroniana, sea cual sea su nombre.

—Lady Carisica Vanq, —murmuró Tavia.

—Bueno, lady Vanq, —dijo Zerba—. Y una con Jydor, en total son siete.

—¿Estás seguro de que no podría haber una octava?, —inquirió Bink vacilante, preguntándose si la interrogante no parecería estúpida.

Por la mirada en la cara de Zerba, al parecer sí lo era.

—Las Hermanas fueron descubiertas hace unos trescientos años estándar, —dijo—. Han sido compradas, vendidas y comerciadas entre la élite durante doscientos noventainueve y medio de esos años. Confía en mí, si alguien hubiera encontrado una octava, ya habríamos oído hablar de ello.

—Del mismo modo, si es que otro coleccionista le hubiera vendido la suya a Jydor, —añadió Tavia—. Las grandes ventas y transacciones son cubiertas por los canales de noticias de la clase alta, y últimamente he estado viéndolos todos. —Miró a Zerba—. Lo que sólo nos deja una posibilidad.

—Jydor se ha hecho fabricar una réplica, —dijo Zerba con gravedad—. La pregunta es, ¿cuál es cuál?

Bink miró a través del salón, el cual se encontraba lleno de jugadores que se apresuraban a buscar comida y bebida durante el breve descanso.

—Él no traería una falsificación aquí, —dijo, tratando de zanjar el tema—. Alguien podría darse cuenta de eso.

—Pero entonces, ¿cómo realizaría el cambio al final?, —le objetó Zerba—. Supongo que está planeando deshacerse de la falsificación como si fuera el artículo genuino.

—El torneo va a durar por lo menos un par de días más, —señaló Tavia—. Dudo que deje la Tchine aquí toda la noche. Pudiera ser que mantenga la verdadera allí ahora, y que planee cambiarla por la falsa al inicio del último día.

—Por otro lado, ¿por qué no traer la falsa al principio y acabar con todo de una buena vez? —replicó Zerba—. Después de todo, tendría que ser lo suficientemente buena como para pasar una eventual inspección. —Hizo un gesto hacia el salón de baile. Por otro lado, la gente que se encuentra allí son jugadores, no son expertos de arte. Dudo que alguno de ellos haya estado más cerca de una Tchine que en el holo de un listado informativo.

Tavia se movió.

—Excepto quizás Lando, —murmuró.

—Es verdad, —dijo Bink, frunciendo el ceño mientras pensaba en el incidente al que Tavia hacía referencia. ¿Qué tan cerca había estado Lando de la Tchine? No podía recordarlo.

—Espera un momento, —dijo Zerba—. ¿Estás hablando del Lando que se encuentra ahora mismo en el juego? ¿Cuándo fue que vio una Tchine?

—Se encontraba en el juego de Qarshan hace algunos años cuando Nintellor hizo esa famosa apuesta donde colocó la mitad de su colección sobre la mesa, —le dijo Tavia—. La Tchine de Nintellor formaba parte de esa apuesta.

—Nintellor lo ganó de vuelta, pero la Tchine se encontraba allí, al aire libre, —añadió Bink—. Me pregunto si acaso no deberíamos interceptar a Lando y averiguar lo que sabe.

—¿Para qué? —preguntó Zerba—. Quiero decir, ¿por qué debería importarnos?

—Porque sería embarazoso para mí coger la equivocada, —le dijo Bink.

Zerba abrió desmesuradamente los ojos.

—Whoa, espera un poco, espera un poco. ¿Qué quieres decir con coger la equivocada? No vamos detrás de la Tchine.

—No *íbamos* tras la Tchine, —corrigió Bink—. Pero eso fue antes de que pudiéramos tenerla realmente en la mira.

—Estás bromeando, —Zerba respiró profundamente mientras sus ojos se volvían mucho más grandes. Por favor, dime que estás bromeando.

—Mira, Jydor está ejecutando algún tipo de estafa, —le dijo Bink—. Si parte de esa estafa le exige dejar su más preciado objeto de arte sin vigilancia, por la Galaxia que debemos enseñarle una lección apropiada.

Zerba la miró por un momento más, y luego se volvió hacia su hermana.

—¿Tavia?, —le suplicó.

Tavia suspiró.

—Estoy de tu lado, —le dijo—. Pero ya la he visto con ese estado de ánimo antes; no va a retroceder.

—Hey, eres tú la que siempre anda diciendo que debemos fijarnos metas elevadas, —le recordó Bink—. Eso es todo lo que estoy haciendo.

—Eso no es lo que quise decir, —dijo Tavia con esa misma mirada paciente que Bink había visto en ella tantas veces a lo largo de los años—. Pero tú ya lo sabes, ¿cómo sugieres que empecemos?

—Como ya dije: capturemos a Lando.

—Estás loca, —insistió Zerba—. Ambas están completamente locas.

—Oh, vamos, Zerba, —dijo Bink, fingiendo estar seria—. ¿Dónde está tu sentido de la aventura?

—Agazapado detrás de mi sentido de auto-conservación, —replicó Zerba—. Mira, Bink, sea cual sea el juego de Jydor, debe implicar grandes apuestas, ¿no podemos simplemente agarrar algo que no le importe y largarnos de aquí?

—Por lo menos vamos a hablar con Lando, —dijo Bink—. Si decidimos que el asunto de la Tchine es demasiado arriesgado, volveremos al plan original.

Zerba la miró.

—¿Me lo prometes?

—Lo prometo.

Él suspiró.

—Estás a cargo, pero el asunto aún no termina de convencerme.

—Lo tomaré en cuenta, —dijo Bink—. ¿Quieres hacer los honores?

Se escuchó un aviso de advertencia desde los altavoces del salón de baile.

—Claro, —dijo Tavia—. ¿El próximo receso es en tres horas?

—Sí, —dijo Zerba, poniéndose de pie—. A menos que pierda antes.

—Entonces nos reuniremos aquí dentro de tres horas, —dijo Tavia. Ella arqueó las cejas—. Todos nosotros.

—Claro, —contestó Zerba con acritud—. No lo perdería por nada del mundo.

Se dirigió hacia el salón de baile.

—¿De verdad crees que Lando pueda ayudarnos?, —preguntó Tavia.

Bink se encogió de hombros.

—Él no sería capaz de hacernos daño; además es inteligente y conoce a los jugadores mejor que nosotras. —Nuevamente arqueó una ceja—. Además, tú crees que es lindo.

—*Eres tú* quien cree que es lindo, —dijo Tavia con rigidez—. Yo no.

Bink reprimió una sonrisa.

—Correcto.

Hasta donde podía recordar, Lando siempre había tenido un ojo para las damas. Incluso en medio de un juego de Sabacc de vez en cuando, incluso cuando los otros jugadores estaban de pie sobre él con los blásters desenfundados, una belleza pasajera aún conseguía disparar un interruptor oculto en algún rincón de su cerebro.

Afortunadamente, la mayor parte del tiempo, tales distracciones no se elevaban hasta un nivel que pudiera resultar potencialmente letal. Sin embargo, las damas que habían pasado por su vida siempre conseguían llamar su atención.

Lo que probablemente fue el motivo por el cual, incluso cuando enfrentaba una remontada cuesta arriba en un torneo con apuestas tan inmensamente altas como ésta, todavía consiguió detectar a las gemelas Bink y Tavia en el otro extremo del salón de baile.

No es que parecieran gemelas en ese momento. Incluso a esa distancia podía ver que estaban empleando sus usuales trucos de maquillaje, con peinados y sombreros cuidadosamente colocados para crear la ilusión de que sus rostros eran simplemente similares en lugar de idénticos. Hubo momentos en los que los planes de Bink se basaban en gran medida en ese accidente de la naturaleza; pero incluso ahora, cuando ello no formaba parte de su plan actual, no había razón para anunciar el hecho de que eran gemelas.

Bajo circunstancias normales, Lando habría sabido que no debía acercarse a ellas, ni siquiera reconocer que las conocía. Pero las circunstancias aquí no eran normales. Las mujeres, indudablemente se encontraban detrás de algo, - nunca había oído que fueran a ninguna parte sólo por motivos de salud-, y no tenía la menor intención de permitirles descarrilar el torneo. No sin saber al menos lo que estaban planeando. Y no ciertamente mientras él tuviera todavía una oportunidad de ganarlo.

Lo que significaba que iba a tener que confrontarlas. La pregunta era cómo hacerlo sin arruinar potencialmente las cosas para sí mismo o para ellas.

El siguiente receso había sido anunciado, y él todavía se encontraba considerando el problema mientras se dirigía hacia el bar con el resto de los jugadores, cuando una de las gemelas se acercó a su lado y lo tomó del brazo.

—Hola, Lando, —le murmuró al oído—. ¿Estás con sed?

—Siempre, —le aseguró Lando—. ¿Tienes una mesa?

—Justo ahí, —dijo—. Bink ya ha pedido tu coñac favorito.

—Genial, —dijo Lando. Así que Tavia era quien estaba colgada de su brazo, no Bink. Lo bueno de las apuestas mentales, es que no contaban en este torneo de eliminación simple—. Indícame el camino.

Encontraron a Bink sentada en una pequeña mesa en la esquina de la parte trasera del salón, junto con un varón humano de cara poco amigable. Bink hizo las presentaciones del caso mientras Lando y Tavia tomaban asiento.

—Lando, Zerba. —La firmeza profesional de su tono de voz puso fin a la última esperanza de Lando de que se tratase de una reunión social—. Zerba, Lando.

—Zerba, —dijo Lando, asintiendo—. El otro no era realmente un ser humano, recién lo comprendió, sino un casi-humano, probablemente un Balosar. —¿Qué es lo que ocurre?

—Será mejor que contengas tus ansias, —le aconsejó Bink—. Tenemos un largo camino por delante.

Lando la escuchó con una creciente mezcla de fascinación e incredulidad mientras ella le describía sus exploraciones en la sala de exhibición de Jydor y lo que había visto allí.

—¿Entonces, qué piensas?, —le preguntó, una vez que hubo terminado.

—Creo que Jydor se está cavando una tumba temprana, —dijo Lando, mirando alrededor del salón—. Hay algunos peces gordos jugando por aquí, y sus patrocinadores no van a estar nada felices si él trata de endilgarles una falsificación.

—No sabía que los jugadores tuvieran patrocinadores, —dijo Bink.

—Los tienen en este caso, —le dijo Lando—. Ninguno de ellos podría haber logrado juntar un pozo de diez millones de créditos por su cuenta; supongo que los seis jugadores

que ya están en el juego deben haber sido contratados y financiados por coleccionistas individuales para jugar en su nombre.

—Tiene sentido, —comentó Zerba—. Les brinda a los coleccionistas una mejor oportunidad de ganar que si jugaran ellos mismos, y también enmascara sus identidades, lo cual puede ser muy útil.

—Como enviar un representante a una subasta, —Bink estuvo de acuerdo—. ¿Y a qué está jugando Jydor?

—No tengo ni idea, —dijo Lando—. A menos que uno de los jugadores esté trabajando secretamente para Jydor; pero si él pretende ganar la Tchine y tenerla de regreso, ¿por qué molestarse con una falsificación en primer lugar?

—Bueno, sea cual sea su plan, lo primero que tenemos que hacer, es averiguar cuál figurilla es cuál, —dijo Bink—. ¿Alguna posibilidad de que podamos acercarnos un poco más a la que se encuentra aquí abajo, preferiblemente con un pequeño escáner en la mano?

Zerba soltó un resoplido.

—Claro, —dijo—. Todo lo que tenemos que hacer es ganar uno de los asientos comodín, y ya mismo estaremos allá arriba con ella.

—O ganar los dos asientos, —sugirió Bink—. Ustedes dos están en carriles diferentes, ya lo sabes.

Lando miró a Zerba.

—¿En qué puesto del ranking estás? —le preguntó.

—En ninguno, —dijo Zerba—. Tampoco necesito ninguno. —Sonrió con fuerza—. Hago trampa.

Lando tragó saliva. Muchos jugadores de Sabacc hacían trampa. Pocos de ellos lo admitían.

—¿En verdad?

—En verdad, —confirmó Zerba.

—Él es muy bueno en eso, también, —agregó Bink—. Trucos de manos, de barajas, skifters[2], tan sólo menciona lo que quieras, él puede hacerlo.

—Tengo un par de skifters de repuesto, si necesitas uno, —le ofreció Zerba.

—No, gracias, —dijo Lando. Lo último que quería era quedar atrapado con una carta de esas que cambiaban de numeración a voluntad, en su poder—. Confío en que sepas lo que te ocurrirá si te atrapan.

—Lo sé, —le aseguró Zerba—. Y no ocurrirá.

—Correcto. —Lando cogió el vaso y bebió los últimos sorbos de su coñac—. En ese caso, supongo que las cosas quedarán en suspenso hasta que veamos si podemos ganar uno de los asientos comodín o los dos, —agregó, inclinando su cabeza hacia Bink.

---

[2] Un skifter es la manera más común de hacer trampa en un juego de Sabacc. Es una carta amañada en una esquina, que el jugador desliza subrepticiamente en su mano para reemplazar alguna de las cartas que le ha dado el repartidor. Entonces el jugador puede alterar la apariencia y el valor de la carta, independientemente del cambio normal del juego. N. del T.

—¿Puedo hacer una sugerencia?, —soltó Tavia.

Lando la miró, asintiendo con un sorprendido y leve parpadeo. Había estado tan callada desde que se habían sentado, que casi había olvidado de que estaba allí.

—Por supuesto.

—Tú has visto una verdadera Tchine de cerca, —le recordó a Lando—. Pero ninguno de los demás lo hemos hecho, y lo que es más importante, realmente no sabemos cómo detectar una de ellas con un escaneo.

—¿No están esos datos en tus archivos?, —le preguntó Lando.

—Algunos de ellos lo están, —le dijo Tavia—. Pero no todos, probablemente de manera deliberada.

—Para que nadie conozca todas las lecturas que tendrían que ser falsificadas para hacer una copia, —dijo Lando, asintiendo—. Tiene sentido.

—Así que no tenemos datos completos de los sensores, —dijo Zerba—. ¿Y qué con eso?

—Pues que tenemos otra Tchine en la ciudad, —dijo Tavia—. La de Lady Carisica Vanq; si pudiéramos persuadirla de que nos dejara realizarle algunas lecturas, obtendríamos cierta ventaja para poder identificar la falsa.

—Supongo que eso requeriría de mucha persuasión, —murmuró Lando.

—Tal vez no, —dijo Bink pensativa—. Depende de cuál sea el nivel de seguridad que posea.

Tavia le dirigió a su hermana una mirada de tensa paciencia.

—Bink…

Se interrumpió al momento de sonar la alarma.

—Las dos tendrán que solucionarlo, —dijo Lando, poniéndose de pie—. Zerba y yo tenemos que volver a las mesas.

—¿Cuánto tardarás en saber si has llegado al juego principal?, —preguntó Bink.

—No lo sé, —dijo Lando, haciendo un rápido cálculo—. Sin embargo, no será antes de esta noche.

—No probablemente hasta alguna hora de mañana, —dijo Zerba—. Dependiendo de hasta cuán tarde en el día se desarrollen las sesiones, Jydor puede posponer el inicio de la gran partida hasta un día después de eso.

—Así que tienes hasta entonces para irrumpir en la casa de lady Vanq, —dijo Lando—. Que te diviertas.

Se dirigió hacia el salón de baile, preguntándose si existía alguna razón para no darse simplemente la vuelta y salir del Casino. Si estaba atravesando todo esto por una falsa…

Sonrió con fuerza. No, por supuesto que iba a seguir adelante. Había muchos grandes jugadores aquí, y si él pudiera ayudar a exponer una estafa antes de que alguno de ellos fuera atrapado en ella, habría logrado comprarse un puñado de buena voluntad y posibles

favores futuros. En su línea de negocios, ambas cosas podrían significar la diferencia entre el éxito y el fracaso.

A veces incluso entre la vida y la muerte.

CAPÍTULO III

—Gracias, —dijo Tavia en voz baja mientras ella y Bink llegaban al final del largo sendero bordeado de setos que conducía a la finca de Lady Carisica Vanq, y veían aparecer la casa principal—. Te agradezco que lo intentes primero de esta manera.

—De nada, —le respondió Bink.

Tavia se estremeció. Bink se esforzaba por hacer que sonara como si lo dijera en serio, pero Tavia conocía los estados de ánimo de su hermana y su lenguaje corporal, y podía deducir que Bink pensaba que se trataba de una pérdida de tiempo. Peor aún, probablemente pensaba que solicitar cortés y sencillamente poder realizar un escaneo, probablemente alertaría a Lady Vanq sobre la perspectiva más clandestina que Bink obviamente esperaba que eventualmente tuvieran que emplear.

Hasta cierto punto, Tavia debía estar de acuerdo. Aun así, le parecía que lo más correcto era intentar primero el acercamiento de una forma más educada.

Llegaron a la puerta y Tavia tocó el timbre.

Se produjo una pausa momentánea, y luego la puerta se abrió pesadamente para revelar un droide LOM de protocolo.

—¿Sí?, —preguntó rígidamente.

—Lady Pounceable y Lady Michelle están aquí para ver a Lady Vanq, —anunció Bink con esa voz condescendiente y con un elevado timbre aristocrático que había pasado años perfeccionando.

—Lady Vanq no se encuentra en casa, —dijo el droide.

—¿Esperas que llegue pronto?, —le preguntó Bink.

—No podría decirlo, —dijo el androide—. Ha hecho un largo viaje.

Por el rabillo del ojo, Tavia vio que Bink se acariciaba ligeramente la cabeza. Probablemente se preguntaba si no deberían darle al LOM una sacudida de alta potencia en su circuito motivador con el aturdidor eléctrico que llevaba oculto, y simplemente entrar dentro de la casa en ese momento.

Afortunadamente, Bink era más inteligente que eso.

—Muy bien, —dijo ella—. Vendremos en otra ocasión.

—Sí, —dijo el droide. Dando un paso atrás, cerró la puerta.

—¿Ahora qué? —preguntó Tavia. Su hermana, se dio cuenta, estaba realizando a la casa y a las ventanas un penetrante análisis visual—. ¿Plan B?

—En realidad, ése siempre fue el Plan A, —dijo Bink. Culminó su evaluación y se apartó de la casa—. Volvamos al Casino.

—No vamos a dar el golpe esta noche, ¿verdad?

—No, —le aseguró Bink—. Primero necesito para desenterrar todo lo que podamos sobre esa vieja… ¿a qué especie pertenece ella?

Tavia reprimió un suspiro. Para Bink, los objetivos y las metas lo eran todo. La gente constituía tan sólo circunstancias colaterales a las que tenía que hacer frente a lo largo del camino.

—Devaroniana.

—Correcto, sobre esa vieja devaroniana, —dijo Bink—. Vamos a necesitar los planos de su casa, la configuración de sus alarmas, y cualquier información sobre sus empleados o sus androides que podamos conseguir. Vamos a desarrollar un plan esta noche y mañana vamos a entrar.

Tavia se puso a pensar en los plazos que Lando y Zerba habían estimado para terminar sus partidas.

—Espero que no sea demasiado tarde, —le advirtió—. Si las rondas de eliminación terminan esta noche, el juego principal comenzará mañana.

—No hay posibilidades de que eso ocurra, —afirmó Bink categóricamente—. Con cada juego, el talento promedio de los jugadores que están en la brega, se eleva a un nivel superior, lo que significa que las últimas partidas serán largas y brutales. No, la ronda final no va a empezar sino hasta pasado mañana, como muy temprano.

—Supongo, —murmuró Tavia—. Me pregunto si Zerba o Lando lo conseguirán.

—Ése es su problema. —Bink asintió, mirando una vez más por encima del hombro hacia la casa—. Éste es el nuestro. Vamos, tenemos trabajo que hacer.

Lando ya sabía que sus posibilidades de recorrer todo el camino para llegar al final, hasta la gran mesa, eran extremadamente pobres. Había una gran cantidad de jugadores que pululaban en el torneo, muchos de ellos eran tan buenos o incluso mejores que él.

Pero por una vez, la Diosa Fortuna parecía estar sólidamente de su lado. A menudo, los jugadores más hábiles que él, conseguían puestos en los que competían entre ellos en otras mesas, y mucho más a menudo, no terminaban sus partidas, haciendo que unos eliminaran a los otros. En las ocasiones en que enfrentó a alguien cuyas habilidades eran superiores a las suyas, las cartas, invariablemente, corrieron a favor de Lando.

En un torneo normal, ese tipo de suerte no le habría proporcionado más que un alivio temporal. A la larga, los caprichos de la Fortuna seguirían sus propios designios, y el mejor jugador finalmente sería el que saldría triunfante. Pero Jydor había establecido que las rondas de eliminación fueran a una sola partida, lo que significaba que Lando sólo tendría que mantener a raya a sus iguales y superiores, durante un único juego con cada uno.

A medida que la tarde se volvía penumbra, y la penumbra luego se volvía noche, lenta pero constantemente, empezó a abrirse camino desde el borde hacia el interior del salón de baile, en dirección hacia la mesa principal. Para el momento en que los juegos fueron suspendidos por la llegada de la noche, ya había recorrido más de medio camino hacia su objetivo. Exhausto, pero con una profunda satisfacción que no había sentido en mucho tiempo, vio como los guardaespaldas formaban su cortina protectora alrededor de Jydor y la Tchine, y todos ellos se marchaban del salón de baile y desaparecían dentro de los turbo-ascensores privados.

No había vuelto a ver a Bink o a Tavia desde su última reunión, pero alcanzó a ver a Zerba al momento en que los jugadores salían y comenzaban a dispersarse en dirección a sus propias habitaciones. Al parecer, el Balosar también había sobrevivido al combate de esa noche.

Ésa era una buena señal, decidió, mientras rendido de cansancio, se acomodaba en la cama de su modesta habitación. Sólo podía albergar la esperanza de que Bink y Tavia estuvieran haciendo progresos similares.

En la planta baja de juegos todavía se estaba apostando fuertemente, cuando Bink finalmente reconoció la derrota de sus párpados caídos y pronunció sus «buenas noches». Tavia en respuesta, murmuró un distraído «buenas noches», mientras la mayor parte de su atención claramente aún se encontraba enfocada en el grupo de cuatro datapads colocados frente a ella.

Bink completó rápidamente la rutina que realizaba antes de la hora de irse a dormir, preguntándose una vez más sobre el complicado embrollo que debía estarse desarrollando en el interior de la cabeza de su hermana. Para ser alguien que odiaba la idea de robar a la gente, sin embargo, Tavia dedicaba todo su corazón, mente y fuerza a la tarea de preparación que era necesaria para cada nuevo trabajo. Obviamente, estaba tratando de asegurarse de Bink lo llevara a cabo sin ser descubierta; pero aun así, todo el espectáculo continuaba siendo interesante, y sin duda, se trataba de un enfrentamiento lleno de tensión entre la ética y el amor fraternal.

O tal vez fuera el desafío de la caza lo que estimulaba a Tavia, el arte y la ciencia de la exploración a través de los planos de las diferentes plantas, y en medio de las zonas de alarma, mientras excavaba en busca de debilidades y oportunidades.

En cierto modo, Bink lo sabía, ambas realmente no eran tan diferentes.

Para el momento en que Bink despertó a la mañana siguiente, el plan de la incursión ya estaba terminado, y se encontraba cargado en una presentación en su datapad. Moviéndose sigilosamente para no despertar a su hermana que todavía se encontraba dormida, se preparó una taza de café y se puso a estudiar el plan.

Estaba a mitad de camino de su segunda taza en el momento en que terminó su revisión. El plan funcionaría, decidió, mientras miraba pensativamente por la ventana hacia la ciudad que se extendía hasta el horizonte. Una salida nocturna; y para cuando las partidas se suspendieran una vez más por la llegada de la noche, ella y Tavia ya deberían tener un escaneo completo de la Tchine de Carisica Vanq a través de sus sensores. Todo lo que necesitarían entonces, sería un acceso cercano a la figurilla que Jydor mantenía en exhibición en el salón de baile.

Con suerte, Lando y Zerba harían que ello sucediera.

—Me acabo de enterar de lo de Zerba. —La voz de Tavia llegó suavemente a través del clip comunicador de Bink—. Él y Lando aún se mantienen en el juego.

—Me alegra oírlo, —murmuró Bink en respuesta, mientras estudiaba la ventana de la habitación al tiempo que permanecía colgada en el aire a medio metro del vidrio. Las defensas en los límites del terreno de Lady Vanq habían sido relativamente fáciles de penetrar; había podido evitar los sensores inferiores de las paredes mediante el simple recurso de utilizar su dispensador de sintetisoga para deslizarse desde la parte superior del cerco hasta el techo de la casa, y luego descender ante la ventana que era su objetivo desde los aleros. Ahora, mientras se balanceaba suavemente hacia atrás y hacia adelante en medio del cálido aire nocturno, su último obstáculo se extendía frente a ella.

En lo referente a eliminar las salvaguardas, éstas no habían sido muy dificultosas. Satisfecha consigo misma después de localizar todas las alarmas y los sensores, sacó su rueda cortadora de un solo filo, y se puso a trabajar. Cinco minutos más tarde, con el vidrio cortado, la alarma desactivada, y la ventana abierta, se deslizó cuidadosamente hacia el interior.

La mayoría de los coleccionistas que Bink había esquilmado a lo largo de los años, tenían situadas sus bóvedas o sus salas de exhibición cerca de sus oficinas o, si disfrutaban mostrando sus colecciones, cerca de alguna sala de recibimiento o alguna otra área a la que pudiera acceder su público. La bóveda de Lady Carisica Vanq, por el contrario, se encontraba situada justo al lado de su dormitorio.

Eso no era del todo inusual; Bink había conocido otros acaparadores de objetos de arte, en su mayoría ancianos, a quienes les gustaba hacer el recuento de los logros de su vida cada noche antes de retirarse a dormir. Pero no era muy común. Era bastante raro, en realidad, tanto que Tavia empezó a especular que la bóveda había iniciado sus funciones como un búnker de seguridad, y que sólo había sido reasignada a cumplir otras tareas, después de que Lady Vanq decidiera que la vida en Danteel City era lo suficientemente segura como para no requerir de un lugar de refugio inmediato.

Irrumpir en la habitación de alguien siempre hacía que Bink se sintiera un poco nerviosa. El androide de la casa les había dicho que Lady Vanq se encontraba ausente, pero todas las memorias electrónicas, incluidos los droides, de vez en cuando no lograban recordar las cosas con la suficiente claridad.

La habitación se encontraba a oscuras; la única iluminación provenía de la tenue luz de la ciudad que se filtraba a través de las cortinas que cubrían toda la hilera de las ventanas. Bink se deslizó cuidadosamente por el suelo, observando las oscuras formas de las sillas y las mesas del salón, y preguntándose de manera casual, qué clase de muebles complacerían a un noble y opulento devaroniano. El lecho era un poco grande para su gusto, con altas columnas de cama en cada esquina, que llegaban casi hasta el techo, y

que levantaban la parte principal de la cama alrededor de medio metro desde el suelo. Probablemente le proporcionaban cierta cantidad de flujo de aire, decidió, para las noches cuando la temperatura exterior fuera incómodamente alta.

Se quedó congelada, conteniendo un respiro en la garganta.

El androide de casa, de hecho, les había dado una mala información. Lady Vanq no se encontraba ausente. Se encontraba allí, descansando bajo las mantas en medio de la cama.

Bink se quedó inmóvil, con el corazón latiendo aceleradamente, maldiciendo en silencio su descuido mientras trataba de decidir qué hacer. Si la devaroniana se encontraba dormida, aún podría tener una oportunidad de dar marcha atrás y escapar.

Y entonces, mientras la mente de Bink comenzaba a funcionar a mil por hora, un nuevo escalofrío comenzó a recorrer su espalda. Algo estaba muy mal aquí. La figura de la cama estaba demasiado quieta.

Respiró con cuidado.

—¿Tav? —murmuró.

—¿Qué ocurre?

—Aguarda. —Armándose de valor, se dirigió hacia la cama. El cuerpo no se movía, y al tiempo que Bink se acercaba, se dio cuenta, teniendo la sensación de que el piso se hundía a sus pies, que no podía apreciar ninguna elevación ni descenso de las mantas sobre el pecho de la figura.

Lady Carisica Vanq estaba muerta.

Bink realizó otra suave inspiración. Esta vez captó el atisbo de un aroma dulce y picante.

—¿Tavia?

—Bink, ¿qué ocurre? —la voz ansiosa de Tavia le contestó—. Si necesitas salir…

—No hay prisa, —dijo Bink, mientras las palabras le ardían a través de su garganta, la cual súbitamente se encontraba en llamas—. Ella está muerta.

—¿Quién está muerta?

—La señora de la casa. —Un arrebato de risitas medio histéricas burbujeó a través del sabor ácido que revestía la boca de Bink. Con severidad, lo sofocó, enviándolo de nuevo a sus profundidades—. El androide nos dijo que se encontraba realizando un prolongado viaje. Creo que tenía razón, después de todo.

—No entiendo, —dijo Tavia, mientras su voz también comenzaba a temblar—. ¿Quieres decir que murió de…? Yo ni siquiera sé de qué tipo de enfermedades los devaronianos se puedan morir tan rápidamente.

—En este caso, por la misma causa que muchas otras personas en el Imperio mueren en estos días, —dijo Bink, levantando con cuidado el borde de la manta que cubría el cuerpo. Una sola mirada fue todo lo que necesitaba—. Recibió un disparo.

—Ella… ¿qué?

—Un único disparo láser en la parte superior del torso, —dijo Bink—. A quemarropa.

Se produjo un jadeo ahogado proveniente del clip que contenía el comlink.

—Bink, sal de ahí. ¡Sal de ahí ahora!

—No hay prisa, —dijo Bink, colocando nuevamente la manta en forma delicada y mirando a su alrededor—. Teniendo en cuenta el olor que emana del bio-supresor que fue rociado por encima de todo su cuerpo, podemos asumir que lleva muerta un buen tiempo. Varios días por lo menos.

—¿O tal vez dos semanas?

Una extraña sensación pareció fluir a través de la habitación mientras el viento correteaba a través de la ventana abierta. ¿Acaso Tavia en verdad estaba sugiriendo lo que Bink pensaba que estaba sugiriendo?

—Quédate conmigo, —dijo, dirigiéndose hacia la pesada puerta en el otro extremo—. Voy a revisar la caja fuerte.

Tavia siseó entre dientes.

—Ten cuidado.

Las cajas fuertes de esta clase, por lo general, requerían diez a quince minutos para ser violentadas. Ésta le tomó menos de dos. Claramente, alguien ya lo había hecho, desactivando las barreras.

—Estoy dentro, —murmuró mientras abría la puerta y se introducía en su interior.

—¿Y?

Bink deslizó su vara de luz alrededor de la habitación. La otoñal colección de Lady Vanq era aún más ecléctica que la de Jydor, con objetos de arte que iban desde flutterines del tamaño de un puño, hasta esculturas planas del tamaño de un Wookie; sus antigüedades abarcaban valiosas piezas procedentes de los días del antiguo Imperio Rakata, y recorrían todo el periodo de tiempo comprendido hasta la actualidad, incluyendo las modernas bagatelas sin valor intrínseco que Bink en ese momento podía apreciar. En un costado, se encontraba un vacío pedestal de exhibición.

La Tchine de la devaroniana había desaparecido.

—Tenías razón, —dijo Bink—. La segunda Tchine de Jydor debe ser la de lady Vanq.

Detrás de ella, la puerta del dormitorio fue abierta.

Bink se quedó inmóvil, con la cabeza medio volteada hacia la puerta. Se trataba de un androide de limpieza, que ingresaba utilizando con un accesorio de aspiradora a través del umbral del pasadizo, y que extendió su apéndice articulado un metro más o menos dentro de la habitación. Terminó su trabajo, levantó su cabeza y giró lentamente a su alrededor. Bink aguardaba en medio de una tensa espera…

Los ojos mecánicos se desplazaron en dirección hacia la puerta de la abierta caja fuerte, sin que Bink pudiera detectar ningún tipo de reacción. Posteriormente, su mirada barrió sin pausa el espacio ocupado por el cuerpo sin vida sobre la cama. Saliendo fuera de la habitación, cerró la puerta detrás de él.

Bink realizó una cuidadosa inspiración.

—¿Aún estás allí? —murmuró.

—Por supuesto, —dijo Tavia—. ¿Qué está pasando?

—Oh, en realidad, se trata de un cúmulo de malas noticias por todas partes, —dijo Bink. Salió de la caja fuerte y cerró la puerta detrás de ella—. ¿Alguna idea de cuándo será el próximo receso de los jugadores?

—En realidad, ya han terminado, —dijo Tavia—. No creo que importe mucho ahora, pero Lando y Zerba ganaron sus sendas clasificatorias.

—No, es probable que no, —estuvo de acuerdo Bink, sentándose en el alféizar de la ventana y volviendo a enganchar el arnés sobre la sinteti-soga—. Ve a buscarlos y haz que me esperen en nuestra habitación. Todos necesitamos tener una conversación bastante seria.

CAPÍTULO IV

Los ojos de Zerba se agrandaron, mientras la parte superior de su laqueado cabello se ondulaba como si se tratase de un pequeño animal, al tiempo que sus antena-palpos ocultos debajo de él, comenzaban a retorcerse.

—¿Ella está muerta?

—Tómalo con calma, —murmuró Lando, manteniendo su voz y su expresión bajo un rígido control. Así que ninguna de las Tchines de Jydor era falsa: y una de ellas había caído en sus manos debido a un robo y su consecuente asesinato. El asunto de tener que lidiar con una falsa Tchine ya había sido bastante malo, y había arrojado una desagradable sombra que oscurecía todo el torneo. Con esta nueva revelación, la situación se había elevado a un nivel repugnante totalmente impensado—. No es momento de entrar en pánico.

—¿Serías lo suficientemente amable como para hacerme saber cuándo llegará ese momento? —le replicó Zerba con acritud—. ¿Acaso estás loco?

—Lando tiene razón, —dijo Bink con firmeza—. Sí, es malo. Pero podría ser mucho peor.

—Bink, *tú fuiste vista* allí adentro, —replicó Zerba entre dientes—. Fuiste vista y registrada en la memoria de un androide. El hecho de que tú vieras el cuerpo y no declararas inmediatamente lo que habías visto, automáticamente te hace cómplice del hecho. —Él bufó—. De hecho, dado que ahora todos sabemos sobre el mismo, todos nos hemos convertido en unos encubridores.

—Dos puntos, —dijo Bink—. En primer lugar, la ley imperante en Danteel sobre este tipo de cosas, permite el retraso de la presentación de informes en base a ciertos factores atenuantes.

—¿Cómo cuáles?

—Como el que es aceptable guardar dicha información si uno piensa que la presentación de dicho informe pondrá en riesgo su vida.

Lando hizo una mueca.

—Con Jydor involucrado, ésa es una apuesta bastante segura.

—Y en segundo lugar, —continuó Bink—. Estoy bastante segura de que no fui vista. No en verdad.

—Tú has dicho que el androide miró directamente hacia ti, —le recordó Zerba.

—Miró, pero no *me vio*, —dijo Bink—. El hecho de que aparentemente ninguno de los droides se haya dado cuenta de su ama está muerta, implica que alguien manipuló la matriz general de programación de la casa. A ellos no se les permite reconocer a nadie dentro de la casa, ya sea que esté vivo o muerto.

Zerba resopló.

—Llámame estúpido, —dijo—. Pero esto no tiene sentido en absoluto.

—Lo tiene si eres un ladrón y un asesino, —señaló Lando.

—Quiero decir que no tiene sentido desde el punto de vista de Jydor, —dijo Zerba. ¿En nombre de la Galaxia, por qué matar a alguien por algo tan fácilmente rastreable como una Tchine?

—¿Por qué no? —contraatacó Lando—. Hay un montón de coleccionistas que mantienen sus trofeos ocultos para su propio deleite privado. Muchos de ellos probablemente no se harían muchos problemas si un artículo o dos en su bóveda, resultaran haber sido robados de otra persona.

—O podría haber sido el otro motivo clásico para cometer un asesinato, —dijo Bink—. Tavia ha estado excavando en los negocios financieros de Jydor, y parece que Lady Vanq le arrebató un gran contrato y una gran cantidad de dinero hace algunos meses.

—¿Cuánto dinero? —preguntó Lando.

—Se rumorea que estaba alrededor de cincuenta a sesenta millones de créditos, —dijo Tavia.

—La cual es la misma cantidad que acaba de ingresar a sus arcas con la venta de esos primeros seis asientos en el torneo, —agregó Bink—. Lo cual nos deja a un hombre creativo combinando la venganza y sus ganancias en un mismo asesinato.

—Pero es robada, —insistió Zerba—. Tarde o temprano, alguien va a notar que Lady Vanq está muerta y que su Tchine ha sido sustraída. En el momento en que se den cuenta de que Jydor todavía posee una, que va a ser muy obvio establecer lo que ocurrió.

—Excepto porque hay un pequeño fallo en la linda ley imperante en Danteel, —dijo Bink—. La posesión de bienes robados es un delito grave en Danteel. Pero las Tchines son idénticas. Una vez que Jydor se haya librado de una de ellas, a menos que la policía puede averiguar cuál es cuál, no van a poder procesarlo por ese delito.

—Pero se van a dar cuenta de que él tenía dos de ellas en un momento dado.

—Pero no van a tener ninguna prueba de que fue él quien la robó, —dijo Bink—. Sin eso, y sin pruebas de que la que se encuentra en su salón de exhibición es la que está manchada de sangre, no van a tener ningún sustento para excavar más profundamente. —Se encogió de hombros—. Como ya les he dicho, se trata de un tecnicismo.

Zerba negó con la cabeza.

—Ridículo. ¿Quién más podría haberla robado?

Los labios de Bink se retorcieron.

—Sí, bueno, ése es el otro problema, —dijo a regañadientes—. Aparte de la agenciarle una suficiente cantidad de créditos como para resarcirlo de sus pérdidas, este torneo tiene el beneficio adicional de atraer a un montón de ladrones hacia Danteel City. Lo cual significa que cuando el globo reviente, habrá una gran cantidad de gente a la que Jydor podrá señalar con el dedo.

Lando hizo una mueca.

—A gente como tú, —dijo—. Y debido a que realmente has estado en la casa de Lady Vanq…

—… el dedo acusador probablemente empezará conmigo, —Bink estuvo completamente de acuerdo—. Sobre todo porque, dependiendo de lo que le haya hecho el ladrón a la programación de la matriz, es posible que yo también haya sido registrada como habiendo estado en la puerta de entrada ayer por la tarde.

Zerba murmuró algo en voz baja.

—Entonces, eso es todo, —dijo—. Ha sido muy agradable verlas de nuevo, un placer conocerte, Lando, y espero que nos volvamos a encontrar unos a otros en circunstancias más felices.

Empezó a levantarse.

—Espera un segundo, —dijo Lando, agarrando el hombro del Balosar y luego soltándolo—. ¿No acabas de escucharla? Ella está en la estacada por culpa de todo esto.

—Y ésa es la razón por la cual tenemos que echarnos a volar, —contraatacó Zerba—. ¿Qué más podríamos hacer?

Lando miró Bink. Ella estaba tentada de hacerlo, podía verlo con claridad. Tentada a salir corriendo, tentada a cambiar el nombre que estaba empleando el día de hoy, por el nombre que habría estado planeando utilizar mañana, y con la esperanza de que pudiera esconderse en medio de las sombras en las regiones marginales hasta que fuera olvidado el asesinato de Lady Vanq. Y, en realidad, dado el estado en que se encontraba la justicia en el Imperio de Palpatine, probablemente sería lo más inteligente.

Y luego miró a Tavia. La expresión de su rostro se mostraba ardiente pero sin perder la compostura.

Tavia no tenía ninguna intención de dejar que Jydor se saliera con la suya. A diferencia de la mayoría de los marginales, incluso a diferencia del mismo Lando en ciertos días, ella aún no había renunciado completamente a hacer prevalecer la diferencia entre el bien y el mal.

Especialmente cuando su hermana estaba a punto de ser acusada por asesinato.

Lando se enderezó. Una lástima, de verdad, que éste no fuera uno de esos «ciertos días».

—Está bien, —le dijo a Zerba—. Vete. —Volviendo su rostro en dirección a Tavia, levantó las cejas—. Entonces, ¿cómo hacemos para atraparlo?

Zerba, ya había dado dos pasos en dirección hacia la puerta, cuando se detuvo con aspecto confundido.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de tenderle una trampa a Jydor, —le dijo Lando—. ¿Tavia?

—La reprogramación de la casa de lady Vanq es la clave, —dijo Tavia, mientras sus ojos se estrechaban al tiempo que se concentraba en sus pensamientos—. Si puedo descubrir lo que hizo el ladrón, podría ser capaz de dar marcha atrás al registro de programación. Entonces tendríamos alguna prueba.

—Y en ese momento, podríamos lanzar a la policía sobre él, —dijo Bink, mirando a su hermana. Todavía ella no estaba segura de que correr no sería la mejor opción, pensó Lando—. Si es inteligente, seguro va a querer hacer un trato delatando a su jefe.

—Es un comienzo, —dijo Lando—. ¿Qué es lo que necesitas?

—En este momento, sobre todo necesito tiempo, —dijo Tavia—. Si Bink está en lo correcto acerca de los androides, debe ser capaz de volver a la casa sin problemas. Pero a mí me va a tomar cierto tiempo para infiltrarme en el sistema.

—Lástima que Rachele Ree no se encuentre aquí, —murmuró Bink—. Ella podría infiltrarse en un santiamén.

—Bueno, no lo está, —dijo Tavia, un poco malhumorada—. Sólo tenemos que encontrar una manera de retrasar el torneo.

—Podríamos llamar denunciando una amenaza de bomba, —sugirió Bink—. A un montón de gente no le gusta Jydor. O podríamos inculpar a la Rebelión; eso haría que se despertara cada Imperial que se encontrase en el hemisferio.

—No seas ridícula, —gruñó Zerba, volviendo a su silla y sentándose una vez más—. La mejor manera de detener un juego, es asegurarse de que nadie gane durante cierto tiempo.

Lando le miró.

—¿Quieres decir que dejemos de ganar nuestras partidas?

—O que hagamos un poco de trampa a favor de quien esté perdiendo. —Zerba lanzó un suspiro teatral—. Y puesto que dudo que tú puedas engañar a nadie -sin ofender-, supongo que ése va a ser mi trabajo.

Bink se acercó y puso una mano sobre el antebrazo del Balosar.

—Gracias, Zerba, —dijo en voz baja.

—Sí, sí, de nada, —respondió Zerba con acritud—. El juego principal comienza mañana a las cinco de la tarde. No creo que haya ninguna posibilidad de que ya te hayas infiltrado para esa hora, ¿verdad?

Tavia sacudió la cabeza.

—Primero necesito encontrar un datapad con el programa correcto instalado dentro de él.

—Conozco a un par de lugares en donde empezar a buscar, —dijo Bink—. Pero me demorará probablemente la mayor parte del día de mañana, y además no quiere correr el riesgo de volver a la casa hasta que esté oscuro. Eso va a ser alrededor de una hora después de que el torneo se reinicie.

—¿Se puede retrasar el juego tanto tiempo? —preguntó Tavia.

—No hay problema, —le aseguró Zerba.

—De hecho, dada la envergadura de los jugadores que tenemos, es probable que se prolongue al menos seis horas sin que se requiera para nada ningún tipo de artimañas de nuestra parte, —agregó Lando—. Suena como que tenemos un plan.

—Correcto, —murmuró Zerba—. Suerte, suerte para todos.

Los jugadores se reunieron en la mesa, exactamente a las cinco, después de que Jydor una vez más hubiera hecho su gran entrada y colocara la Tchine en el centro de la mesa. Después de bregar por ella durante dos días por todo el salón de baile, Lando decidió que la cosa no parecía ser tan impresionante vista de cerca.

Tal vez fuera porque ya no podía apreciarla sin ver un rastro de sangre sobre ella. O tal vez fuera porque el doble anillo de los guardias de Jydor ahora estaba rodeándolo, al igual que a la pequeña figura.

Aun así, al menos ahora, todos los guardias se encontraban dándole las espaldas a él. Eso era algo que valía la pena.

Jydor pronunció el discurso estándar que los anfitriones solían hacer; deseándoles la mejor de las suertes a todos los participantes en dicho torneo, volvió a sentarse en la silla del juez de mesa y comenzó el juego.

Como ya lo había señalado Lando, los jugadores reunidos en el Casino, eran algunos de los mejores de la Galaxia. La mayoría de los seis principales, eran a ojo cerrado, mucho mejores de lo que él podía ser, y sin duda él lo sabía. Más de una vez se percató de la mirada colateral que alguno de ellos dirigía hacia él o hacia Zerba, la cual llevaba implícita la pregunta tácita de *qué era lo que estos amateurs estaban haciendo en compañía suya.* Y dichas miradas estaban bastante justificadas, pensó, que ya que, por una vez, estaba intentando no ganar.

Pero todo el resto de ellos sí estaban tratando de hacerlo, y el juego se desarrollaba de una manera tan feroz como había esperado. De hecho, la partida iba de ida y vuelta, por lo tanto, transcurrió un buen par de horas en el juego antes de que él notara algo extraño.

Uno de los jugadores, un rodiano de cara escabrosa llamado Mensant, había establecido un patrón de juego en el que ganaba cada pocas manos. De hecho, cada ocho manos, además de cierta cantidad aleatoria de otras partidas.

La sospecha lógica era que el chico estaba haciendo trampa. El problema radicaba en que no estaba ganando las manos en las que él mismo repartía las cartas. En cambio, estaba ganando las manos que estaban siendo repartidas por un hombre de ojos en blanco llamado Phramp.

Lando aguardó otra docena de rondas, sólo para estar seguro. Luego, durante uno de los repartos de cartas, casualmente miró a Zerba y le hizo una inclinación de cabeza microscópica en dirección de Phramp.

Los labios de Zerba se retorcieron, e igualmente le hizo un pequeño asentimiento en respuesta. Así que también se había dado cuenta.

Una hora más tarde, Jydor pidió un receso. Dirigiéndose a la barra, y evitando cuidadosamente ponerse en cualquier sitio que estuviera cercano al lugar en el que se encontraba Zerba, Lando sacó su comlink y le tecleó a Bink.

—Necesitamos tener una conferencia en línea, —dijo cuando ella le contestó—. ¿Puedes conectar a Zerba?

—Por supuesto. —Se produjo una breve pausa.

—¿Sí? —contestó la voz de Zerba.

—¿Qué piensas? —le preguntó Lando.

—Me estaba preguntando por qué Jydor había configurado la partida de modo que los jugadores se turnaran para repartir las cartas en lugar de tener a alguien de su propia gente para que lo hiciera, —dijo Zerba—. Me parece que tiene a Phramp tratando de allanarle el juego a Mensant.

—¿Está allanándole el juego? —Bink se hizo eco—. ¿Pero por qué caótica razón?

—No lo sé, —dijo Lando—. Antes de que nos dijeras lo de Lady Vanq, yo habría supuesto que Mensant y Phramp estaban trabajando para Jydor y que éste estaba tratando de reponer fraudulentamente la Tchine en su colección.

—Pero ahora más parece que estuviera tratando de inculpar por el robo de una de ellas a alguien en particular, —dijo Zerba.

—Vamos a ver si podemos averiguar a quién está representando Mensant, —dijo Bink—. Voy a ver si Tavia puede realizar un rastreo después de que finalice de hackear el código.

—Bueno, —dijo Lando—. ¿Cómo va eso?

—Lento, —dijo Bink—. Pero está haciendo progresos. —Podía escucharse una voz sin entonación en el fondo—. Dice que es raro lo que ocurre aquí.

—¿Están en el dormitorio? —preguntó Zerba.

—Es el único lugar en el que estamos absolutamente seguras de los androides no pueden ver a nadie, —le señaló Bink—. Hablaré contigo más tarde.

Diciendo eso, ella le colgó. Haciendo una mueca para sí mismo, Lando apartó su comlink.

—Disculpe, —dijo una voz detrás de él.

Antes incluso de que Lando pudiera comenzar a girar, un hombre grande apareció a su lado.

—Reciba los cumplidos del Maestro Chumu, —continuó el hombre—. A él le gustaría intercambiar unas palabras con usted.

—Y Maestro Chumu es el… —le instigó Lando, alejándose de él.

—Gestor de Negocios del Maestro Jydor, —dijo el hombre, manteniéndose muy cerca de él.

—Tal vez más tarde, —dijo Lando—. Tengo una partida a la que debo volver.

—Me temo que debo insistir, —dijo el hombre—. No se preocupe por la partida, que no se reanudará durante al menos veinte minutos.

—¿Cómo sabe eso?

—Debido a que el Maestro Jydor se ha ido al comedor privado para tomar un aperitivo, —le dijo el hombre—. Siempre pide rotoven de cangrejo, y siempre le toma de veinte a treinta minutos para comer.

Lando frunció el ceño.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque soy uno de sus guardias de seguridad, —dijo el hombre con firmeza—. Llámeme Rovi. —Hizo un gesto en dirección a los turbo-ascensores privados—. Y realmente debo insistir.

—¿Vieron hacia dónde se lo llevó? —preguntó Bink, agarrando fuertemente su comlink.

—Directamente hacia uno de turbo-ascensores privados de Jydor, —dijo Zerba, con la voz tensa—. Y los guardias allí, obviamente, conocían al muchacho.

—Probablemente jueguen a las cartas juntos después de sus horas de trabajo, —dijo Bink, observando el cuerpo tendido sobre la cama. Ya había sabido que esta farsa no podía durar. Pero ella no había esperado que se desmoronara tan rápidamente—. Pero tú ¿todavía sigues libre?

—Libre y despejado, por lo que puedo decir.

—Entonces debe haber sido algo que dijo y que fue escuchado por alguien más, —concluyó, tratando de recordar las palabras exactas de Lando. Había pronunciado el nombre de Lady Vanq, recordó. Eso podría haber sido todo lo que hizo, sobre todo si ese guardia en particular, conocía que la añosa devaroniana había sido asesinada.

Incluso sin conocer los detalles, ciertamente Jydor lo había hecho. Lando se había metido en esto, completamente comprometido hasta el cuello.

A menos que Bink pudiera encontrar alguna otra interpretación a su comentario.

—Está bien, —dijo ella, cruzando hacia la bóveda de seguridad de Lady Vanq—. Yo me encargo de esto. No te muevas y finge que no sabes nada. Eso significa que te reúnas con los demás en la mesa, siempre y cuando la partida se ponga en marcha de nuevo.

—Yo sé lo que significa, —gruñó Zerba—. Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Yo también, —dije Bink—. Quiero que me hagas saber si sucede algo interesante.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Tavia de manera apremiante.

—Tú te vas a ocupar de la placa de programación, —dijo Bink, poniéndose a trabajar para abrir la caja fuerte—. ¿Hasta dónde has avanzado ahora mismo?

—Tengo la placa configurada, —dijo Tavia—. Pero todavía no he sido capaz de darle marcha atrás. Además, hay una cosa graciosa en una sección del código.

—¿Qué clase de cosa graciosa?

—Del tipo de las cosas que nos pueden confundir, —dijo Tavia—. Se lee como un texto encriptado. Estoy tratando de descifrarlo para ver si es algo por lo que deberíamos preocuparnos.

—¿Pero podrías retirar la placa y dejar que los droides vieran lo que ha pasado aquí?

—En cualquier momento en que lo ordenes, —confirmó Tavia—. Sin embargo, me gustaría poder descifrar el texto en primer lugar.

—Sigue adelante y haz un intento, —dijo Bink—. Pero si se nos acaba el tiempo, tendremos que hacer estallar la placa y esperar que el texto no sea un problema.

La cerradura de seguridad saltó, quedando abierta. Tirando de la puerta con una mano, ella tecleó el número del comlink de Lando con la otra.

—Aquí no hay nada.

Darim Chumu era un ser humano de mediana edad, con el aspecto y el tacto de un vendedor nato. Desde su lenguaje corporal irreverente, mientras permanecía sentado cómodamente en uno de los sillones en el lobby de entrada al ático, hasta las profundas líneas de expresión dibujadas en su rostro, quedaba claro que se trataba de un hombre que había cerrado un sinnúmero de negocios en los últimos años.

Pero en ese momento, dicho rostro no sonreía. Y su lánguida postura revelaba la misma tensión subrepticia de un jugador cuando intentaba leer la mano de su oponente.

—Me disculpo por la brusquedad de mi invitación, —dijo después de que se hubieran realizado las presentaciones un poco tirantes, y Lando se hubiera sentado frente a él—. Pero usted ha mencionado a Lady Vanq, y ese nombre no suele ser pronunciado de manera casual en el Casino «Carta Superior».

—Voy a tomar nota de eso, —dijo Lando, esforzándose para que su voz coincidiera con el tono de su anfitrión—. ¿Algo más?

Los ojos de Chumu se estrecharon microscópicamente.

—No creo que usted entienda completamente el asunto, Maestro Calrissian, —dijo—. Lady Vanq estafó al Maestro Jydor con una gran cantidad de dinero hace unos meses. Los amigos de ella no son especialmente bienvenidos por aquí.

—Difícilmente se me podría llamar su amigo, —protestó ligeramente Lando. Así que Chumu estaba investigando para ver cuán cercanos habían sido Lando y la asesinada devaroniana—. Soy apenas un conocido de negocios.

—No sabía que ella hiciera negocios con los jugadores, —dijo Chumu—. ¿Es dueño de un casino o de algún negocio que tenga que ver con los juegos de azar?

—En realidad, fue sobre una de mis otras habilidades, —dijo Lando—. Es bastante confidencial, me temo.

Los ojos de Chumu se estrecharon un poco más.

—Me temo que debo insistir en busca de alguna respuesta.

—No sé si puedo…, —Lando se interrumpió mientras su comlink comenzaba a sonar.

—Siga adelante y responda eso, —dijo Chumu.

—Seguro que ellos van a llamar de nuevo, —dijo Lando, dejando el comlink donde estaba. Las probabilidades estaban a favor que se trataba de Zerba, llamando para charlar; hacer trampas, estafar, y hablar de asesinatos, eran los últimos temas de conversación en absoluto, que Lando querría traer a colación en ese momento.

—Responda, —dijo Chumu, con un tono de voz que dejaba claro que se trataba de una orden—. O Rovi lo hará por usted.

Con una mueca, Lando sacó el comlink. Mientras lo hacía, Rovi se le aproximó por encima del hombro y lo atenazó, deslizando una mano gigantesca alrededor del cuello de Lando.

—Encienda el altavoz, por favor, —agregó Chumu.

No le quedaba más que hacer que obedecer. Cruzando mentalmente los dedos, Lando contestó.

—Lando.

—Soy Michelle, —se escuchó la voz de Bink—. Oye, ¿sabes dónde está Lady Vanq? He probado con todos los números que tengo en el comlink, pero no logro ponerme en contacto con ella.

—No tengo ningún número que tú no tengas, —dijo Lando, tratando de ocultar su alivio. El que Bink lo llamara, y haciendo uso de un seudónimo, significaba que ella estaba enterada del problema. Probablemente Zerba había estado observando mientras lo detenían y la habría alertado.

Por supuesto, no tenía la menor idea de a dónde iba con todo esto. Pero fuera lo que fuera, probablemente sería mejor que cualquier cosa que él pudiera idear sobre la marcha.

—¿Se trata de algo importante?

—Por supuesto que es importante, —dijo Bink rígidamente—. Todavía me debe el último pago de esa copia de la Tchine.

Y con eso, Lando repentinamente se subió a la farsa con una velocidad sorprendente.

—¿Ella no te ha pagado todavía? —preguntó, fingiendo sorpresa.

—Y también está retrasada con la inicial para el flutterine Caffreni, —dijo Bink—. Tú me dijiste que podía confiar en que pagaría a tiempo.

—Ésa es su reputación, —estuvo de acuerdo Lando—. Voy a ver si puedo conseguir ponerme en contacto con ella.

—Hazlo, —dijo Bink—. Y cuando lo hagas, dile que también le he conseguido el círculo ornamental Jam'arn. No estoy tan preocupada por este último, conseguirlo fue mucho más fácil que los demás. Pero por supuesto, no vayas a decírselo.

—No lo haré, —le prometió Lando—. Luego me comunico contigo.

Colgó.

—Supongo que no tengo porqué ser tan tímido ahora, —dijo a Chumu—. También actúo como agente intermediario en pequeños trabajos que involucran objetos de arte.

—¿Quiere decir falsificaciones? —gruñó Chumu.

—No son falsificaciones, —le respondió Lando—. La falsificación implica la intención de engañar, y tal intención no existe aquí. Los coleccionistas están en todo su derecho a poseer señuelos fabricados para deshacerse de potenciales ladrones.

—Tal vez, —dijo Chumu. Su expresión todavía permanecía bajo control, se dio cuenta Lando, pero su rostro parecía estar un par de tonos menos sombrío de lo que había estado.

La Pequeña Maravilla. Era evidente que Chumu estaba metido en esto con Jydor, y ahora se enfrentaba con la terrible posibilidad de que pudieran haber cometido un asesinato por algo que no era más valioso que una falsificación de alta calidad.

—Confíe en mí, —dijo Lando—. Siempre echo un vistazo a los aspectos legales antes de aceptar un trabajo de este tipo.

—Voy a aceptar su palabra en este caso, —dijo Chumu—. Interesante que deba suceder algo como esto para que usted aparezca por aquí. El mismo Maestro Jydor se preguntaba hace unos días si no deberíamos hacer algo similar para salvaguardar algunas de las piezas de su propia colección. Pero él nunca llegó a convencerse de que alguna persona pudiera hacer copias lo suficientemente buenas como para engañar un ladrón bien documentado.

—Michelle puede, —dijo Lando—. Yo he sido el intermediario en un buen número de estas negociaciones, y nunca he visto a nadie que sea mejor que ella.

—Me gustaría conocerla, —dijo Chumu—. ¿Cree que estaría dispuesta a darse una vuelta por aquí?

—Estoy seguro de que podría arreglar algo, —dijo Lando—. Sin embargo, en este momento, tengo una partida a la que necesito regresar.

—Por supuesto, —dijo Chumu—. Sólo tiene que llamar y concertar una entrevista, ¿seguro que puede, verdad? Una vez que lo haya hecho, Rovi le llevará de regreso hacia abajo.

Lando suspiró.

—Bien, —dijo, sacando nuevamente su comlink.

—Y pídale que traiga muestras de su trabajo, —añadió Chumu—. Me gustaría verlos.

Bink terminó la conversación y colgó.

—Estoy dentro, —anunció—. ¿Algún progreso con ese texto?

—Todavía no, —dijo Tavia, con el ceño fruncido mientras observaba su datapad—. ¿Cuánto tiempo tengo?

—Puedo hacerlo esperar cuando menos durante todo un día, —dijo Bink—. Eso te dará tiempo de sobra. —Sus ojos se posaron sobre el cuerpo en la cama—. Es decir, si no te importa estar aquí toda la noche.

—No pienso quedarme por más tiempo del que tú permanezcas aquí, —declaró Tavia con un estremecimiento—. He copiado toda la información. Puedo trabajar con ella desde nuestra habitación.

—Eso es suficientemente bueno para mí, —dijo Bink. Envolvió el Caffreni y el círculo ornamental Jam’arn con sumo cuidado, y los colocó dentro de la bolsa que

colgaba de su cadera. Sólo voy a tomarlos prestados, pensó sintiendo una punzada de culpabilidad para con la devaroniana muerta—. Coge tus cosas, y larguémonos de aquí.

Chumu quedó impresionado por Bink. Pero estaba aún más impresionado por el Caffreni y el Jam'arn que ella había traído.

—¿Realmente éstas son falsificaciones? —preguntó, mirando de cerca cada uno de ellos, uno a la vez.

—Son copias, —corrigió Bink—. La falsificación implica la intención de engañar. Una copia está destinada únicamente para llevar a cabo cualquier propósito legal para el que su propietario desee emplearla.

—Suenas como tu amigo Lando.

—Es un colega, no mi amigo, —le corrigió Bink nuevamente.

—Ha sido un error de mi parte.

De manera casual, Bink echó una mirada a su alrededor. Chumu la había introducido más profundamente en el ático de lo que Lando había llegado, directamente en la sala principal de conferencias. Presumiblemente porque allí había más privacidad, así como sillones más cómodos.

La vista era ciertamente mucho mejor. Directamente detrás de Chumu, se encontraba la enorme, pero artísticamente decorada puerta de acceso hacia la sala de exhibición ornamental de Jydor.

—Vamos directo al grano, —le dijo—. ¿Qué es lo que quiere replicar?

—No tan rápido, —le advirtió Chumu—. Todavía no estoy convencido de que tus copias puedan hacer frente a una exploración de los sensores. —¿Qué tanto se puede asemejar una de éstas al objeto original?

Bink reprimió una sonrisa.

—Puede pasar cualquier prueba que un ladrón normal pudiera realizarle, —dijo—. Se necesitaría un conjunto de sensores especiales para poder notar la diferencia.

—¿Cuán especiales?

—Bastante especiales, tanto que dudo que haya nadie en el sector, excepto yo, que sepa cómo manejarlos.

—Interesante, —murmuró Chumu—. Me gustaría ver uno.

Bink ladeó la cabeza.

—¿Para qué?

Los labios de Chumu se retorcieron.

—Existen algunos rumores circulando por allí desde el momento en que el Maestro Jydor compró su figurita Tchine, —dijo con la mezcla perfecta de reticencia y vergüenza—. Dan a entender que la estatua podría ser una falsificación. Naturalmente, nosotros la hemos examinado, y pasó todos los controles. —Colocó los otros dos objetos

de arte sobre la pequeña mesa de centro de la sala de conferencias—. Pero hasta este momento, no teníamos idea de que fuera necesario emplear un sensor especial.

—Espere, —dijo Bink, con el ceño fruncido—. ¿Está diciendo que el gran premio que está siendo exhibido en la planta baja podría ser una falsificación?

—Creo que la probabilidad de que eso sea cierto, es extremadamente pequeña, —le aseguró Chumu a toda prisa—. Pero si existe alguna posibilidad de que lo sea, necesitamos saberlo antes de que finalice el torneo.

—Oh, absolutamente, —concordó Bink, mirando cuidadosamente hacia el espacio—. Ciertamente, puedo adjuntarle un sensor y echarle un vistazo. Pero por desgracia, no podría hacerlo sino hasta mañana.

—¿No podría ser esta noche?

—Existen algunos componentes especiales que necesito conseguir. —Bink sonrió débilmente—. Componentes que no puedo simplemente llevar conmigo a todas partes, por diversas razones legales. También puede que usted necesite tiempo para juntar el dinero necesario.

—¿Qué dinero?

—Mi dinero, —dijo Bink—. El costo de la prueba será de diez mil.

Chumu ni siquiera se inmutó.

—Me parece correcto, —dijo. Poniéndose de pie, sacó una tarjeta de datos—. Aquí está mi información de contacto, —dijo, entregándosela a ella—. Llámame cuando estés lista.

—Lo haré. —Se guardó la tarjeta de datos, y a continuación, Bink devolvió los dos objetos de arte a su bolso—. Lo veo mañana. Tenga listo mi pago.

CAPÍTULO V

Por lo poco que Lando podía decir, Phramp era el único jugador en la mesa que estaba intentando seriamente hacer trampa, y todavía estaba empeñado en direccionar sus trucos para favorecer a Mensant.

O por lo menos, era el único hasta que Zerba empezó a ponerse en acción.

Lando había observado una gran cantidad de trucos durante sus años en las mesas de juego. Había visto hacerlo bien y hacerlo mal, de manera muy hábil, y también de manera tan incompetente, que aún se preguntaba cómo el perpetrador se había librado de ser el blanco de un disparo de bláster en el acto.

En cambio, Zerba era todo un artista.

Sus ojos nunca traicionaban sus movimientos. Sus manos nunca se deslizaban inintencionadamente o se retorcían. Sus palabras, -que Lando sospechaba habían sido cuidadosamente diseñadas para dar a los otros jugadores la falsa impresión de que sabían todo lo que necesitaban saber sobre él-, nunca eran vacilantes.

Y poco a poco, el constante ascenso de Mensant hacia la victoria, comenzó a tambalearse.

Por supuesto, Zerba no repartía las manos para favorecerse a sí mismo o a Lando. Eso habría sido demasiado obvio, por no decir peligroso. En su lugar, distribuía sus manos a los otros jugadores alrededor de la mesa, sin caer en un patrón definido, socavando metódicamente la posición de vanguardia de Mensant.

Naturalmente, el propio Mensant no parecía estar molesto. Era un jugador profesional, bien acostumbrado a las idas y venidas de la Fortuna.

Mucho más interesante fue observar la reacción de Phramp.

Se produjo gradualmente, tan gradualmente como se iba produciendo el cambio de fortuna en sí mismo. Pero Lando pudo apreciar cómo se producía su cambio de actitud, la cual se iba transformando desde la confusión a la sospecha, y posteriormente a la certeza, en cuanto se dio cuenta de que otra persona en la mesa estaba haciendo lo mismo que hacía él, pero logrando desbaratar sus artimañas a sus espaldas.

Sólo que no era tan bueno detectando tramposos como lo era siendo uno de ellos. Lando observaba de manera divertida mientras permanecía en las sombras, cómo los ojos de Phramp de desplazaban hacia adelante y hacia atrás alrededor de la mesa, tratando de identificar a su desconocido oponente. Pero por lo que Lando podía decir, nunca pudo lograr por completo una certeza.

Por supuesto, la tarea se hacía más difícil por el hecho de que Zerba no se encontraba trabajando solo. Lando no se atrevía a arriesgarse a cometer ningún tipo de trampa verdadera, no estando rodeado por semejante compañía, y no ciertamente con los droides-cámara que se asomaban por el techo mostrando la acción mano-a-mano para los espectadores repartidos alrededor del salón de baile. Pero eso no significaba que no pudiera dar una mano juiciosamente cada vez que observaba que podía ayudar a alguno de los rivales de Mensant.

Y a medida que progresaba la partida a través de las horas nocturnas para prolongarse hasta las horas de la madrugada, se preguntaba qué iría a decir Jydor cuando Phramp le advirtiese que alguien se estaba entrometiendo en sus planes.

Lo que iría a decir, y lo que iría a hacer.

—El juego, sin duda, se está poniendo interesante, —le informó Bink, mientras su tono de voz le proporcionaba a Tavia una rápida imagen mental de la expresión con aire satisfecho que tenía su hermana—. Es difícil decirlo desde aquí, pero parece que a Phramp le está a punto de estallar un vaso sanguíneo.

—Eso es bueno, —le contestó Tavia mecánicamente; sólo una parte de su atención estaba centrada en los comentarios despreocupados de Bink. Ella ya casi tenía resuelto el encriptado. Un toque correcto, en la dirección correcta, y lo haría saltar en pedazos, dejando el misterioso texto completamente claro y legible.

Respiró profundamente, sintiendo una oleada de satisfacción. Este tipo de hackeo de una computadora, no era realmente su especialidad: sus puntos fuertes estaban más hacia el lado del manejo del hardware, como parte del espectro de la electrónica. El haber llegado tan lejos, y tan rápidamente, le producía una sensación muy gratificante.

Por supuesto, la persona que había creado esta placa, tampoco parecía ser todo un experto en este tipo de cosas. Pero estaba bien. Un logro era un logro, y no tenía ningún sentido en enturbiar las cosas con «si», «y», «peros», ni con calificativos descalificadores. Le dio una última revisión…

Y la encriptación había sido levantada. Sonriendo, Tavia posó su mirada sobre el misterioso texto…

Su sonrisa se desvaneció, así como el brillo de satisfacción comenzaba a desaparecer, dejando paso a algo frío y desagradable. Leyó la nota tres veces, mientras su sentimiento de desconcierto se hacía cada vez más profundo con cada pasada.

De manera distante, se dio cuenta de que Bink todavía había permanecido charlando alegremente. Leyendo por completo el texto por última vez, buscó a tientas el comlink.

—¿Bink?

—¿Qué sucede? —preguntó Bink, mientras desaparecía todo acento de ligereza de su voz. Ella conocía las señales verbales de Tavia tan íntimamente como Tavia conocía las de ella.

—Algo muy extraño, —dijo Tavia—. Y muy malo.

—Estoy en mi camino, —dijo Bink—. Parece que los chicos van a estar ocupados por un buen rato. ¿Acaso los necesitas, también?

—No hay prisa, —dijo Tavia—. En realidad, mientras más tiempo permanezcan en la partida, mayor tiempo tendremos que averiguar qué está ocurriendo. Y estoy pensando que vamos a necesitar cada milisegundo de ese tiempo.

—No, —dijo con firmeza Zerba, al tiempo que sus ojos se entrecerraban, mientras su pelo otra vez empezaba a hacer esa ondulación de la que Lando ya se había percatado una vez con anterioridad—. No lo creo.

—Está justo allí —dijo Bink, haciendo un gesto hacia el datapad de Tavia.

—Pero es ridículo, —dijo Zerba—. ¿Quién deja una nota anticipando un asesinato?

—Al parecer, Lady Vanq lo hizo, —murmuró Lando, mientras revisaba el texto con la mirada:

... A las autoridades policiales de Danteel City:

Si soy encontrada muerta por una causa violenta, deben darse por notificados de que mi asesino es el Maestro Veilred Jydor. Ha sido un rival de negocios durante muchos años, y en la actualidad, él me hace responsable por su intento fallido de manejar la cuenta Lockyern. Él es un ser humano violento y vengativo, y no tengo ninguna duda de que no tardará en realizar un atentado mortal en contra mía a causa de su orgullo.

He dispuesto que esta nota sea transmitida apenas se conozca mi muerte. Invoco a la oscuridad del más allá para que se haga justicia con mi destino.

Lady Carisica Vanq, Danteel City, Danteel.

—No podemos fiarnos de eso, —insistía Zerba—. La única forma en que podría ser verosímil, es si la placa de programación se encontrase en su lugar antes del asesinato, y si Lady Vanq, de alguna manera, hubiera logrado conectarse a distancia y grabar un mensaje en ella, y que lo hiciera en el mismo momento en que estaba muriendo producto de una quemadura masiva por desintegrador.

—Y que no se le hubiera ocurrido simplemente llamar a la policía de manera directa en lugar de montar todo este circo, —agregó Lando.

—Exactamente, —dijo Zerba, moviendo la cabeza—. Este tipo de cosas sólo ocurre en los holo-dramas de misterio mal escritos.

—De acuerdo, —dijo Bink—. Y si tienes razón, entonces la grabación debió haber sido creada *por alguien más antes* del asesinato, el mismo que reprogramó todo el sistema de la casa; de otro modo, los droides habrían visto entrar al asesino. Como ya mencionaste hace un momento, para ser real, el mensaje tendría que haber sido grabado al mismo tiempo. —Ella pareció querer abrazarse a sí misma—. Y puesto que el mensaje implica a Jydor, eso significa que *él no es el asesino.*

Lando observó a Tavia. Siempre había sido la menos habladora de las hermanas, a pesar de que era perfectamente capaz de relajarse y divertirse si las circunstancias y la compañía eran las correctas. Pero en el momento actual, su habitual reserva había decaído hasta convertirse en algo oscuro y melancólico.

—Si no fue Jydor, entonces, ¿quién? —preguntó—. ¿Tavia?

De mala gana, ella levantó la vista de su meditativa contemplación del piso.

—Sólo hay una persona que haría que todo esto tuviera sentido, —dijo—. El Gestor de Negocios de Jydor, Chumu.

—¿Chumu?, —Zerba se hizo eco, abriendo mucho los ojos por un breve instante—. No, eso es ridículo. Es un hombre de negocios. Un contador y un negociante de contratos. No es del tipo asesino.

—Ese guardia, Rovi, es probable que encaje mejor en la descripción, —señaló Bink—. Por lo que vi de él, sin duda podría ser del tipo asesino.

—Pero…, —comenzó Zerba.

—Analiza los hechos, —le interrumpió Bink—. O más bien, analiza la situación si todo esto marcha por el camino por el que parece que se supone que debería ir. Lady Vanq, una rival de negocios muy inquietante, ya no está. Su supuesta nota de advertencia será motivo suficiente para que se inicie una investigación, y bajo la ley de Danteel, Jydor será marginado del manejo de sus negocios hasta que las averiguaciones se hayan completado. Eso dejaría a Chumu a cargo.

—Todavía hay más, —dijo Tavia—. He hecho un análisis de correlación entre las comunicaciones por HoloNet y las transferencias de créditos, y estoy bastante segura de que Mensant está participando en el torneo en nombre de otro de los rivales de negocios de Jydor, un twi'lek llamado Arvakke. Si Phramp puede lanzar una acusación de que Mensant está haciendo trampa, y hacer que se compruebe, eso salpicaría a Arvakke, y bajo las leyes de Danteel, eso lo vincularía como el agente principal de un grave delito de felonía.

—Lo que significa que Arvakke tampoco podría ser capaz de manejar sus negocios, una vez más, hasta que los cargos fuesen aclarados, —dijo Bink—. Con dos de sus principales rivales fuera del camino, -tres si contamos al mismo Jydor-, Chumu se encontraría en la posición perfecta para entrar en el escenario y hacerse del control.

Zerba dio un pequeño resoplido.

—El ganador se lo lleva todo, como dijo Jydor.

—Excepto que no es el ganador que él tenía en mente, —concordó completamente Bink—. La cuestión es qué podemos hacer al respecto.

Zerba se encogió de hombros.

—Aún sigo pensando que lo mejor es correr, especialmente si Chumu le está apuntando a Jydor. Con un pez tan grande en el gancho, no se va a molestar en capturar peces pequeños.

—Sólo si el pez grande permanece en el gancho, —dijo Tavia—. Si él se revuelve y queda libre, no dudo que Chumu vuelva a apuntar sus dardos en la dirección más conveniente.

—¿Esa dirección es la que apunta hacia Bink?, —preguntó Lando.

—Exactamente, —le dijo ella—. Con esa capa de bio-supresor que le rociaron, se enmascaran los perfiles de desintegración y las lecturas del tiempo transcurrido desde la muerte; los policías no podrán saber si ella murió hace dos semanas o tan sólo el día de ayer, al menos no hasta que lo hagan una autopsia completa por niveles. No hay manera

de que Jydor, o yo, o cualquier otra persona pueda sostener una coartada por una ventana de tiempo tan larga.

—Y todo este mecanismo será desencadenado por la supuesta nota del asesinato, —dijo Lando—. ¿Supongo que el mensaje cifrado se desvanecerá una vez que la placa de programación sea retirada?

—Básicamente, —dijo Tavia—. Y tampoco va a permanecer grabado en su sistema informático. Como la nota decía, ha sido configurado para ser transmitido directamente a la policía.

—¿Así única forma en que Bink puede salir de esta, es que nosotros demostremos que Chumu lo hizo?

—Básicamente, —dijo Bink, mirándolo de cerca—. ¿Tienes alguna idea?

—Creo que sí, —dijo Lando—. Tavia, ¿podemos inmiscuirnos en el texto de esa nota? ¿Quiero decir lo suficiente como para cambiarlo y luego colocarle nuevamente el código cifrado sin que eso sea demasiado obvio?

—Probablemente, —dijo Tavia—. Pero no desde aquí. Ésta es tan sólo una copia; tendríamos que volver a la casa de Lady Vanq para hacer eso.

—Bueno, —dijo Lando—. Una pregunta más: ¿también podrías introducirte en el sistema informático del Casino?

—¿Qué tan profunda es la interferencia que necesitas?

—No mucho, —le aseguró Lando—. Sólo necesito el acceso a funciones de bajo nivel. Limpieza, funciones medio-ambientales, ese tipo de cosas.

—Ella necesitará disponer de un enchufe de acceso, —dijo Bink—. Pero puedo hacer estallar uno en cualquier momento y tenerlo listo para cuando lo necesite.

—Bueno. —Lando miró Zerba—. El ganador se lo lleva todo, ¿no lo dijiste? Creo que ya es hora de que nos encarguemos de corregir la forma de pensar de Chumu.

La siguiente sesión de la tarde ya se encontraba en marcha cuando Bink llegó al turbo-ascensor privado de Jydor y anunció que estaba allí para ver al Maestro Chumu. Se produjo una breve consulta a través del comlink, después de la cual, el guardia le permitió el paso.

No era para extrañarse, Chumu estaba esperándola al momento en que las puertas del turbo-ascensor se abrieron. Además, tampoco le sorprendió que no estuviera feliz de verla.

—¿Qué estás haciendo aquí?, —le demandó.

—Dijiste que querías que echara un vistazo a la Tchine que se encuentra en la planta de abajo, —le recordó Bink, tuteándolo.

—La palabra clave es *abajo* —le replicó—. No te necesito aquí.

—Me necesitarás aquí si deseas que realice esos escaneos, —le dijo Bink, deslizándose por delante de él, y dirigiéndose a la sala de estar que se encontraba afuera

de la sala de exhibición de arte, donde ambos habían llevado a cabo su reunión del día anterior.

—Espera un minuto, —dijo Chumu, corriendo para atraparla—. ¿A dónde crees que vas?

—No puedo simplemente andar paseando por las calles con un sensor ilegal, —le dijo Bink por encima del hombro—. Tengo que montarlo, y para eso necesito privacidad. —Llegó a la sala de estar y se sentó en el sillón situado directamente delante de la holo-cámara de seguridad.

—Podrías estar más cómoda en los reposteros de la cocina, —dijo Chumu, sin saber qué hacer mientras permanecía en la puerta, abrumado por la incertidumbre, al tiempo que Bink abría su bolsa y comenzaba a extraer el conjunto de componentes electrónicos que ella y Tavia habían amontonado—. Allí hay más espacio y considerablemente una mayor privacidad.

—Aquí está bien, —le aseguró Bink—. Si realmente quieres darme algo de privacidad, puedes apagar la holo-cámara que se encuentra detrás de mí. O podrías dejarla encendida; estoy segura de que serás capaz de explicar mi presencia de alguna manera.

Chumu lanzó una mirada solapada hacia la holo-cámara.

—Estás aquí para tomar algunas lecturas acústicas para un probable nuevo sistema de entretenimiento, —dijo—. No hay registro de sonido en esa holo-cámara, por lo que no tiene sentido preocuparse por lo que decimos.

—Bien, —dijo Bink—. Por cierto, estás invitado a ver. Pero te aseguro que no aprenderás nada.

Por un momento, ella continuó extrayendo su equipamiento en silencio. Chumu observó la holo-cámara de seguridad, y a continuación, cruzó de mala gana hacia uno de los otros sillones alrededor de la mesa. Sacando un datapad, se puso a leer.

Bink terminó de echar un vistazo a los componentes. Al momento de comenzar a ponerlos juntos, subrepticiamente comprobó su crono. Su sincronización, como de costumbre, era perfecta.

En cualquier momento…

En teoría, Tavia lo sabía, el atuendo de criada que Bink se había puesto hacía un par de días, debía encajarle tan bien como lo había hecho con su hermana. Pero, mientras Bink lo había vestido con facilidad natural, en cambio Tavia podía sentir la ropa presionando contra su torso y sus brazos, produciéndole un efecto que se aproximaba a los límites de la claustrofobia. Sentía que la pila de toallas que había recogido de su habitación como camuflaje, estaba tan pesada como un Crucero Imperial balanceándose sobre sus antebrazos. La alfombra de felpa, el techo tallado y las paredes del pasillo del piso

noventa y nueve, parecían mirar acusadoramente a la intrusa, más ahora que incluso le devolvían el eco de los latidos de su corazón.

Ella odiaba esto. Realmente, en verdad, odiaba hacer esto.

—Tú. ¡Detente!

La respiración de Tavia congeló en sus pulmones, mientras sus músculos, afortunadamente, se ponían aún más rígidos en lugar de traicionarla con los espasmos propios de la culpabilidad que hubieran hecho más obvia la situación. Ordenándole severamente a su cuerpo que se comportase, recordándose a sí misma que a todas luces era perfectamente razonable que ella estuviera allí, se dio vuelta.

—¿Sí?, —preguntó con timidez.

Un Togruta, elegantemente vestido, avanzaba a zancadas por el pasadizo hacia ella, con los rayados cuernos superiores brillando como si estuvieran recién pulidos, mientras sus oscuros ojos en medio de la maquillada cara roja y gris, la miraban fijamente y parecían atravesarla.

—¿Sí?, —repitió Tavia, dejando oír esta vez un ligero temblor en su voz.

El Togruta la alcanzó y, sin decir palabra, cogió la toalla que estaba encima de la pila sobre sus brazos, luego se dio media vuelta y se alejó.

Por un momento Tavia lo observó mientras se dirigía de regreso a su habitación, sintiendo que su corazón se iba calmando lentamente. Él podría simplemente habérsela solicitado. Él *tendría* que habérsela solicitado.

Pero ella era una simple criada, un ser humano que hacía el trabajo de un robot, que estaba allí por la sencilla razón de que Jydor pensaba que los sirvientes vivos le proporcionaban un ambiente más elegante que los sirvientes mecánicos. ¿Por qué no debería uno de los invitados, tratarla como si fuera una insignificancia?

Se dio la vuelta y siguió su camino. Realmente, en verdad, apasionadamente, odiaba hacer esto.

Pero la vida de Bink estaba en juego. ¿Qué otra cosa podía hacer?

La suite que Bink le había especificado se encontraba, afortunadamente, sin ningún ocupante. Cerrando la puerta detrás de ella, Tavia se acercó a la ventana y dejó la pequeña pila de toallas sobre una silla cercana. Sacó el sensor utilizado por los ladrones... fantasma que Bink le había entregado, así como el resto del equipo que había tenido escondido en el centro de la pila, y se puso a trabajar.

Su primer objetivo era identificar y neutralizar las alarmas que habían sido colocadas sobre las ventanas. Afortunadamente, sólo había una, que el sensor detectó rápidamente. Bink, Tavia lo sabía, probablemente podría haberla desarmado en cinco segundos o menos. A Tavia le demoró aproximadamente dos interminables minutos que hubieran acabado con la paciencia de cualquier otro.

La mayoría de los hoteles en Danteel City, empleaban para las ventanas, los vidrios de opacamiento estándar que eran comunes en toda la Galaxia. Pero en los lugares realmente lujosos, todavía se empleaban cortinas o persianas, especialmente en sus mejores suites, y Jydor estaba definitivamente determinado a que el piso noventa y novena fuera tan elegante como el mejor de ellos. La ventana tenía dos juegos de cortinas: el primero, un conjunto de gasa con un tornasolado que daba un giro de ciento-ochenta grados, convirtiendo las estrellas y las luces de la ciudad en galaxias giratorias individuales, y el otro conjunto, hecho de un material mucho más pesado y más lujoso, podía bloquear completamente la luz del sol por la mañana, con el fin de no despertar a los durmientes tardíos.

Decidió que las cortinas vaporosas serían las más rápidas y las más fáciles de trabajar. Tiró hacia abajo de una de ellas y arrancó sus varillas de soporte, y colocó tanto la cortina como las varillas formando un cuadrado en el suelo. Dos minutos más tarde, ya tenía la cortina estirada colgando de las varillas, como si fuera la vela de un antiguo barco velero, estando todo el conjunto sólidamente acoplado con fragmentos de masilla de roca. Añadió otras dos varillas hacia el otro extremo del cuadrado, formando un ángulo hacia atrás y hacia arriba.

Ahora venía la parte difícil. Abriendo la ventana, deslizó la red hacia fuera, colocándola en posición horizontal justo por debajo de la ventana, y pegando el extremo más cercano a la pared. Untando dos nuevas porciones de masilla de roca en los extremos de los brazos de apoyo, -para hacer que quedasen anclados a la pared-, ya tenía todo el conjunto aparejado.

Por un momento contempló su trabajo artesanal. Bink le había asegurado que esto funcionaría, y Bink casi siempre tenía la razón en estas cosas. A Tavia sólo le cabía esperar que también tuviera la razón acerca de esto.

Comprobó su crono. En cualquier momento…

CAPÍTULO VI

Todo empezó de manera muy sutil, con Zerba murmurando entre dientes mientras contemplaba indiscretamente la Tchine asentada sobre su pedestal de exhibición situado en el centro de la mesa. Pero sus murmuraciones no permanecieron siendo sutiles por mucho tiempo. Poco a poco, su volumen aumentó hasta que toda la mesa las pudo escuchar.

—Te lo aseguro, hay algo malo con ella, —insistía el Balosar—. Ya alguna vez pude contemplar de cerca a otra Tchine. Hay algo malo con ésta.

Lando miró alrededor de la mesa. El actual repartidor de cartas- era el turno de Mensant-, permanecía siendo evasivo, completamente ajeno al monólogo de Zerba o simplemente ignorándolo. Los otros jugadores, sin embargo, ya empezaban a prestarle atención, y algunos de ellos ahora también estaban observando fijamente la figurita.

Era el momento para que Lando pusiera en juego el contrapeso de su reputación.

—Probablemente se trate de una especie de ilusión óptica, —le dijo a Zerba—. Alguna vez también pude ver una, y estoy de acuerdo de que parece extraña. Probablemente sólo sea una especie de reflejo en el transpari-acero.

—Tal vez, —dijo Zerba sombríamente. Dándose media vuelta en su asiento, le hizo un gesto a Jydor—. ¿Qué tal si nos permitiera verla sin esa cubierta de protección?

—Creo que no, —dijo Jydor, contestando con un tono de voz educado, pero que dejaba entrever un filo de amenaza en el mismo—. Tengo la obligación con el eventual vencedor, de mantener su trofeo seguro.

—Además, estoy seguro de que tiene un certificado de autenticidad, —dijo Lando—. Difícilmente nuestro anfitrión la hubiera comprado si no tuviese uno.

—Tal vez podría traerlo para mostrarlo ante nosotros, —sugirió Zerba, sin dejar de mirar con recelo a Jydor.

—Estoy seguro de que el Maestro Jydor es digno de confianza, —dijo Lando—. Como dije antes…

—Un truco de iluminación, —gruñó Zerba—. Sí, todos lo hemos escuchado. Aun así, me gustaría ver el certificado.

Al otro lado de la mesa, Phramp se aclaró la garganta.

—Con el debido respeto, Maestro Jydor, eso no tomaría mucho tiempo, y de todos modos, estamos a punto de tomar un receso.

Jydor vaciló y luego hizo un gesto renuente.

—Si eso logra poner fin a este absurdo asunto, por mí está bien, —dijo. Sacó su comlink.

Justo en el momento previsto, Chumu se estremeció ligeramente sintiendo el llamado, y sacó su comlink.

—¿Sí?

Se produjo un momento de silencio mientras la persona en el otro extremo le hablaba. Observando con el rabillo del ojo, Bink apreció que los labios de Chumu se retorcían.

—Sí, por supuesto, —dijo—. Voy a bajarlo de inmediato.

Colgó y se puso de pie.

—Tengo que ir abajo por un minuto, —dijo, cruzando el salón en dirección de la oficina privada de Jydor.

—Tómate tu tiempo, —dijo Bink, sin levantar la cabeza de su trabajo—. De cualquier modo, voy a terminar pronto, con o sin audiencia.

Chumu llegó a la puerta y vaciló, y ella vio que de nuevo sus ojos se dirigían sutilmente hacia arriba, a la holo-cámara seguridad. El pensamiento de que ella se encontraba bajo constante vigilancia, pareció calmarlo un poco.

—Hay un guardia en la habitación de al lado, —agregó. Estaba tratando de proyectar una contundente brusquedad, pero Bink pudo percibir la tensión y el nerviosismo debajo de sus palabras. Ciertamente, no estaba contento con todos estos cambios que estaban interfiriendo con su pequeño y bien planificado panorama—. Si necesitas algo, simplemente llámalo. Si te pregunta algo, no olvides…

—… que estoy tomando lecturas acústicas, —le interrumpió Bink—. Sí, me queda claro.

Chumu dudó por un segundo más, y finalmente se fue, cerrando la puerta detrás de él.

Bink esperó treinta segundos más, sólo para asegurarse de que no iría a aparecer de nuevo en forma inesperada. A continuación, realizó un diminuto ajuste final para el ángulo del proyector que había armado bajo las narices de Chumu, y lo encendió.

Y con el aparato proyectando el video que ella y Tavia habían creado, directamente sobre la holo-cámara de vigilancia, el guardia o el androide que estuviera viendo la imagen, no podría observar nada, excepto a ella realizando su trabajo con diligencia sobre la mesa.

Por los siguientes dos minutos, ella permanecería siendo invisible.

Había sido capaz de memorizar la secuencia del código que abría la puerta de la cámara, durante su tibia exploración del día anterior a través de la sala de exhibición, pero siempre existía la posibilidad de que Jydor pudiera haberlo cambiado durante el último par de noches. Pero la suerte estaba con ella. Tecleó la secuencia, y la puerta se desbloqueó. Dejándola abierta tan sólo lo suficiente como para deslizarse a través de ella, se dirigió hacia el interior.

La Tchine estaba justo donde la había visto por última vez, escondida en una esquina de la habitación. Retiró la tela que la tenía cubierta, agarró otro objeto de tamaño similar, y lo puso en el lugar de la Tchine, cubriéndolo nuevamente con el paño que había estado

sobre ella. Luego, con su trofeo en la mano, se deslizó de vuelta hacia la sala. Cerrando y sellando la puerta, se dirigió a las ventanas alineadas en la pared.

Con un poco de suerte, Tavia ya estaría preparada. Con otro poco más de suerte, ella habría conseguido llegar a la habitación correcta y escoger la ventana correcta.

Bink abrió el ducto de ventilación que se encontraba en la parte superior de la ventana, realizó algunas cuidadosas maniobras con la Tchine a través de la estrecha abertura, y la dejó caer.

Cuando finalmente pudo comprender que lo habían llevado a cabo, fue casi como si se tratara de un anticlímax. En un momento la red se encontraba vacía, y el material de la cortina se agitaba en el viento, flameando por encima de la ciudad. Al minuto siguiente se escuchaba la caída de un objeto que produjo un golpe sordo, y un invalorable objeto de arte yacía al alcance de Tavia, balanceándose suavemente en medio de la brisa.

Tres minutos más tarde, con las cortinas y las varillas colocadas nuevamente en su sitio, y habiendo restablecido la alarma de la ventana, Tavia desandó el camino a través de la puerta y hacia la relativa seguridad del pasillo, manteniendo la Tchine oculta dentro de su pila de toallas. Una parte de ella, siempre esperaba que los planes de Bink funcionaran. Otra parte de ella, siempre estaba aterrada pensando que fallarían.

Hasta ahora, éste parecía estar funcionando.

Hasta ahora.

Bink le dio a su hermana de cinco minutos para que pudiera completar su parte de la operación; a continuación, otros tres, sólo para estar segura. A continuación, colocando las tres últimas piezas sobre el dispositivo de aspecto ridículo que había construido, llamó al guardia.

—Estoy lista para irme, —le dijo, metiendo todo en el bolso—. El Maestro Chumu dijo que debía encontrarme con él en la planta baja.

—Muy bien, —dijo el guardia, dando un paso adelante y echando un vistazo rápido a su bolsa. Aparentemente satisfecho de que ella no hubiera tele-transportado de alguna manera la vajilla de lujo fuera del gabinete del comedor, la acompañó al turbo-ascensor y le hizo un gesto indicándole la dirección.

Dos veces durante el viaje hacia abajo, casi sucumbió a la tentación de llamar a Tavia para ver si todo había salido según el plan. Las dos veces, dejó su comlink en el cinturón.

Tavia era buena en esto, mucho mejor que ella misma se daba cuenta. Además, si no se podía confiar en tu propia hermana para venir al rescate, ¿en quién se podría confiar?

Lando se tomó su tiempo para examinar el certificado de la Tchine que Chumu había bajado desde el ático. Los otros jugadores igualmente lo estaban estudiando a fondo. Para el momento en que terminaron, habían transcurrido casi quince minutos, y Chumu claramente había empezado a sudar.

—¿Satisfechos?, —les preguntó Jydor mientras el último jugador devolvía el datapad.

—Absolutamente, —dijo Phramp, aparentemente después de haber decidido que estaba autorizado para hablar en nombre de toda la mesa—. Gracias, Maestro Jydor.

Jydor miró a Zerba.

—¿Satisfecho?, —repitió.

—Supongo, —murmuró Zerba.

—Entonces sugiero que continuemos con la partida, —dijo Jydor, recostándose en su silla y entregando el datapad a Chumu—. Llévalo de nuevo hacia el piso de arriba, —le ordenó.

—Sí, Señor, —dijo Chumu. Guardando el datapad bajo el brazo, bajó de la doble plataforma, se escabulló entre los guardias, y se dirigió al otro lado del salón de baile.

Lando lo vio alejarse, y luego se volvió de nuevo a la mesa. Bink les había dicho que diez minutos deberían ser suficientes, y él y Zerba les habían conseguido quince. Ellas ya deberían haber salido.

Mensant terminó de barajar las cartas nuevamente, y comenzó a repartirlas. Acariciando su bigote, Lando preparó su mente para el juego.

Tavia había estado esperando a que Chumu pudiera verla en el restaurante, a la salida del salón de baile. Pero, al parecer, él no había esperado que las cosas se sucedieran de manera tan rápida y dejó de lado el restaurante para dirigirse directamente al turbo-ascensor privado. Tavia pensó en seguirlo, pero decidió que eso era algo que Michelle, la profesional técnica falsificadora de objetos de arte no haría, y permaneció sentada en su mesa. Sorbiendo la bebida sin alcohol que había ordenado, puso a prueba su paciencia.

Tres minutos más tarde, Chumu ya estaba de vuelta. Esta vez la vio y corrió a su encuentro.

—Así que ahí estás, —gruñó mientras se dejaba caer en el asiento frente a ella—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Terminando mi trabajo, —dijo Tavia, tratando de mantener el sardónico tono semi-profesional que Bink le había dicho que había empleado para dirigirse al hombre con anterioridad—. ¿Qué te retuvo?

—¿Qué me…, —se interrumpió, mirándola con mayor intensidad—. ¿Cuánto tiempo has estado aquí?

—Casi el mismo tiempo que tú, —le dijo Tavia.

Lo cual no era del todo cierto, por supuesto. En realidad, había llegado a la mesa apenas un minuto antes de que él hubiera dejado el salón de baile, después de un rápido intercambio de ropa y equipo con Bink en el baño de señoras. —Tienes que prestar mayor atención a lo que ocurre a tu alrededor—, añadió.

—Qué linda eres, —le espetó—. ¿Cómo planeas hacer esto?

—No se necesita planificación, —le dijo Tavia—. Ya está hecho.

Él pareció desconcertado.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que ya realicé los escaneos. —Tavia hizo un gesto hacia el salón de baile—. Tenías razón. Es una copia.

—Espera un minuto, —gruñó—. ¿Cómo podrías haber realizado los escaneos? Yo no te vi ahí adentro.

—¿Acaso se suponía que debieras verme?, —le dijo Tavia, añadiendo un poco de tensa paciencia a su tono de voz. Eso le resultó fácil, era un tono que utilizaba frecuentemente con Bink—. ¿Has oído lo que acabo de decir? La Tchine del Maestro Jydor es una copia.

La cara de Chumu se puso rígida, y luego pareció hundirse en sí misma, mientras finalmente las palabras calaban hondo. Sus ojos se dirigieron hacia la bolsa de instrumentos, la cual descansaba sobre la silla al lado de ella, luego a la entrada del salón de baile, y a continuación de vuelta a su rostro.

—¿Estás segura?

—Positivo, —dijo Tavia—. Es una muy buena copia, en realidad. El artista utilizó las mismas técnicas y materiales que yo empleo.

Chumu tragó visiblemente.

—No hay manera de saber quién es ese artista, ¿verdad?

—No, a menos que pueda darle una mirada más de cerca. —Tavia tamborileó los dedos sobre la mesa—. ¿Tienes mis diez mil?

Chumu miró de nuevo al salón de baile.

—Sí, por supuesto, —dijo, extrayendo una ficha de créditos de su bolsillo y deslizándola sobre la mesa en dirección hacia ella—. ¿Dijiste que hiciste una copia similar para Lady Vanq?

—La hice, —dijo con amargura Tavia—. Aunque si no me paga pronto, voy a volver a ponerla bajo mi custodia.

—Asumiendo que puedas encontrarla.

—Oh, es probable que está en su caja fuerte, junto con la verdadera, —dijo Tavia, examinando la ficha de créditos. Diez mil según lo acordado, sin código de clave, lista para que ella simplemente la llevara a alguna parte y la depositara, o la canjeara por dinero en efectivo—. Ella estuvo hablando de llevarla a Devaron con ella, y de acuerdo con los registros del puerto espacial, su nave todavía permanece aquí, —continuó, metiendo la ficha de créditos en un bolsillo—. Así que, ¿qué vas a hacer con este pequeño problema en tu torneo?

—Eso sólo le incumbe al Maestro Jydor, —murmuró Chumu, mientras su mente claramente se encontraba en otro lugar—. Se lo haré saber y encontraremos una solución a partir de lo que él decida. Gracias por tu ayuda. Nos mantendremos en contacto.

Tavia frunció el ceño.

—Con respecto a…

—Con respecto a realizar copias de algunas de las otras obras de arte del Maestro Jydor.

Tavia sintió que se le encogía el estómago. Teniendo tan a la vista el final de su mascarada, se había olvidado por un momento de que ésa había sido la puerta de entrada de Bink en todo este asunto.

Para su suerte, Chumu parecía estar demasiado preocupado como para fijarse en semejante desliz.

—Por supuesto, —dijo ella, poniéndose de pie y colocando la correa del bolso sobre su hombro—. Buena suerte.

Se dirigió hacia el otro lado del restaurante, sintiendo escocer entre sus omóplatos la vívida percepción de un disparo láser abriéndose paso a través del espacio que los separaba, y quemándole la espalda entre ellos.

Pero el disparo no llegó. Aparentemente Chumu se había tragado la historia. Ahora bien, si tan sólo fuese a reaccionar de la manera que Bink y Lando esperaban…

Tomando en cuenta aquella última mirada persistente que había lanzado hacia el salón de baile, Tavia pensó que realmente sí lo haría.

Ya estaba bastante avanzada la noche cuando Jydor finalmente pidió un receso para la cena.

Habían sido unas cuantas horas bastante buenas, decidió Lando mientras se levantaba de su silla, haciendo una mueca al tiempo que sus músculos que habían estado inactivos, se reintegraban repentinamente a sus deberes. Mensant todavía permanecía por delante del resto, pero esta vez, la ventaja que llevaba sobre los demás se había reducido a casi nada. Los otros jugadores se habían dado cuenta, y se llenaron de una fresca confianza, entendiendo que una vez más, el juego estaba abierto.

Phramp, como cabía esperar, estaba hecho un loco de atar.

Al parecer, de la misma manera se encontraba Chumu, aunque por razones completamente diferentes. Al tiempo que Lando, los demás jugadores y los espectadores se retiraban fuera del salón de baile, el primero alcanzó a ver al gestor de negocios abriéndose camino río arriba contra la multitud, dirigiéndose hacia la plataforma en la que Jydor continuaba sentado, estudiando algo en su datapad.

Sacando su comlink, Lando le tecleó a Zerba.

—Sí, lo vi, —dijo el Balosar después Lando le diera la noticia—. Está preocupado, correcto.

—La pregunta es si está lo suficientemente preocupado, —dijo Lando—. ¿Quieres vigilarlo, o lo hago yo?

—No es necesario, —intervino la voz de Tavia—. Tengo mis electro-binoculares y el campo despejado. Ustedes dos vayan a buscar algo de comida. Ya les haré saber lo que suceda.

El primer informe de Tavia llegó mientras Lando estaba ordenando una comida ligera: Chumu estaba informándole a Jydor acerca de los rumores de que un equipo profesional de asaltantes a mano armada, se encontraba en la ciudad, y que estaba preocupado porque aparentemente la la Tchine podría ser su objetivo. Jydor no parecía impresionado, pero Chumu estaba machacando su punto, e instándolo a que la figurilla fuera devuelta a la seguridad de la sala de exhibición del ático.

Jydor no parecía estar inclinado a ceder a la presión, y menos aún a la presión proveniente de una banda de ladrones. Pero Chumu continuaba insistiendo, y mientras Jydor se dirigía a su comedor privado para su propia comida, finalmente cedió. Al tiempo que Jydor desaparecía en el comedor, Chumu recogió la Tchine y les ordenó a los guardias que lo escoltaran, y se marcharon juntos del salón de baile hacia el turbo-ascensor.

El segundo informe de Tavia, a mitad de camino de la comida de Lando, fue que Rovi, el guardia, había emergido solo desde el turbo-ascensor, acarreando una bolsa acomodada de manera bastante segura sobre su hombro, y que se estaba dirigiendo hacia la salida.

—Será mejor advertirle a Bink que la compañía está en camino, —dijo Lando, aunque dudaba de que Tavia necesitara semejante empujoncito.

Ella no lo necesitó.

—Ya está hecho, —dijo—. Para el momento en que se reanude la partida, ya todo estará consumado.

Lando hizo una mueca mientras guardaba su comlink. La parte de ellas ya estaría terminada, sin duda. Pero no la suya propia.

Aunque quizás pudiera estarlo. Las cosas se encontraban lo suficientemente avanzadas como para que, incluso si las abandonara en este momento, el gran plan de Chumu todavía acabase en ruinas. Jydor quedaría libre; y pudiera ser que Chumu no recibiera todo el castigo que merecía, pero Lando hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de que éste no era un universo perfecto.

Frunció el ceño. Por otra parte, si Chumu quedaba libre, Bink no quedaría contenta. Y tener que lidiar con una Bink no contenta, era algo que no estaba listo para enfrentar en este momento. Probablemente en ningún momento.

Con un suspiro, regresó su atención a su comida. No era exactamente lo que se había prometido a sí mismo cuando arribó en primera instancia a Danteel. Pero él ya había llegado demasiado lejos. Bien podría llevarlo a cabo.

Tavia, Bink lo sabía, odiaba las escasas ocasiones en las que tenía que hacerse pasar por su hermana ladrona fantasmal. Pero incluso detestándolo, todavía podía realizar un trabajo bastante aceptable.

Por desgracia, no podía decirse lo mismo de la situación inversa.

—¿Has terminado?, —la voz ansiosa de Tavia brotó del clip comunicador de Bink.

—Casi, —gruñó Bink, mirando su datapad y observando las supuestamente simples instrucciones paso a paso de Tavia sobre cómo hackear el código cifrado. Instrucciones «paso a paso», tal vez. Pero simples, absolutamente no.

—¿Quieres decir que aún no lo has podido abrir? Vamos, Bink, él entrará allí en cualquier momento.

—Entonces cállate y déjame trabajar, —Bink le espetó de vuelta, separando con irritación un mechón de pelo que le había caído directamente delante de sus ojos. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Y entonces, procedente de algún lugar de afuera, escuchó el inconfundible sonido de una puerta que se cerraba.

—Él ya está aquí, —susurró con apremio—. Te llamo luego. —Cortó la comunicación del clip que albergaba el comlink, y miró rápidamente alrededor de la habitación. Incluso con media docena de sillas y amplias mesas de salón esparcidas por todo el ambiente, realmente sólo existía un único lugar en el que podría permanecer razonablemente oculta.

Se metió debajo de la cama, tan replegada como podía, mientras la puerta se abría y alguien penetraba en la habitación a oscuras. Por lo que pudo ver de sus botas, estaba casi segura de que se trataba de Rovi.

Bink contuvo la respiración, preguntándose si se tomaría un tiempo para revisar la habitación antes de ponerse a trabajar. La mayoría de ladrones hacían de esa costumbre un hábito, y sospechaba que los ladrones que también incursionaban en el asesinato, tendrían aún más arraigada esa costumbre. Ella tenía un pequeño bláster ligero, pero estaba enterrado debajo de su vientre, en su funda. Si él decidía mirar debajo de la cama, todo se habría terminado.

Pero por esta vez, Rovi no hizo lo que debía. Cerrando la puerta, se dirigió directamente al otro lado de la habitación, hacia la caja de seguridad de Lady Vanq. Bink oyó el débil sonido del clic mientras digitaba el código de la clave, y con un suave golpe la puerta quedó descerrajada. El pesado panel se abrió y Rovi desapareció en su interior.

Con un ojo en la puerta, Bink tecleó nuevamente en su datapad. Como quiera que empezaban a aparecer las grietas en los costados del plan de Chumu, a Bink le cabían

pocas dudas de que las órdenes de Rovi eran retirar la placa que había colocado sobre el dispositivo, -tan pronto como hubiese reemplazado la supuestamente falsa Tchine con la verdadera-, y estuviera a salvo fuera de la casa. Bink tenía hasta entonces para hackear el código y cambiar el texto de la nota del asesinato. Terminó de efectuar los dos últimos pasos de las instrucciones de Tavia:

Y con una velocidad gratificante, motivada por el apremio del tiempo que le quedaba, pudo romper el código encriptado.

Había escondido la Tchine que había escamoteado de la sala de exhibición de Jydor, apenas lo suficiente como para que Rovi no pudiera pasarla por alto en su primer recorrido por la caja de seguridad después del asesinato. Escasamente un minuto después, él ya había realizado el intercambio y salía de la caja fuerte, cerrándola detrás de él y volviendo sobre sus pasos por la habitación.

Pero ese minuto había sido todo lo que Bink necesitaba. Había alterado el texto, había restituido nuevamente el código cifrado sobre el mensaje, y se había desconectado del sistema de ordenadores de la casa.

Esperó treinta segundos después de que Rovi cerrara la puerta de la habitación detrás de él. A continuación, salió de debajo de la cama, y corrió hacia la ventana y al arnés que se encontraba allí, escondido fuera de vista. Rovi ya debería estar regresando al «Carta Superior», queriendo sin duda estar presente para cuando la policía se abalanzara sobre el que pronto sería su ex-jefe.

Bink tampoco tenía ninguna intención de permitir que el programa diera inicio sin ella.

CAPÍTULO VII

La mano acababa de ser repartida, cuando Lando observó a Chumu abriéndose paso entre la multitud de observadores, en dirección hacia la base de la plataforma. Al parecer, todo estaba consumado, y él había venido para apreciar de primera mano la culminación de su plan.

Lando miró sus cartas. No era una mala mano, pero sin duda no era una grandiosa. Incluso con el sistema de cambio de cartas que formaba parte del juego del Sabacc, era poco probable que obtuviera una mucho mejor.

Bajó sus cartas y respiró profundamente. Esto le iba a doler.

—Apuesto todo, —anunció, empujando su pequeña pila de fichas hacia el centro de la mesa.

Los otros jugadores lo miraron, con expresiones que iban desde la incredulidad hasta el desprecio, y aún más, hasta la sospecha.

Lando sabía que casi todos ellos tenían razón, especialmente los más despectivos. Por desgracia, tenía que estar lejos de la mesa para cuando llegara la policía, y ésta era la manera más rápida para hacer que eso sucediera.

Las apuestas comenzaron, mientras algo de un renovado espíritu parecía refrescar el conciliábulo, al tiempo que los otros jugadores vislumbraban la oportunidad de eliminar a uno de ellos. Unos minutos más tarde, después de jugar de manera bastante ardorosa, la mano llegó a su fin.

Sin que nadie se sorprendiera, Lando había perdido.

Se puso de pie, ofreció los tradicionales agradecimientos a los otros jugadores y a su anfitrión, y luego se dirigió hacia la escalera que conducía a la planta baja. Eligió un asiento desde donde se encontrase en la línea de visión de Chumu, se sentó y esperó.

La espera no fue larga. Phramp ya había repartido la siguiente mano y las apuestas estaban en marcha, cuando un súbito murmullo sorpresivo se elevó desde la entrada del salón de baile. Lando estiró el cuello para observar como media docena de hombres y mujeres enfundados en los uniformes de la Policía de Danteel City, irrumpían en la habitación y se dirigían hacia la doble plataforma.

Lando miró a Jydor. El hombre aún permanecía sentado allí, con el rostro ilegible mientras observaba la aproximación de los oficiales. Los jugadores, completamente concentrados en el juego, parecían estar ajenos en gran medida.

—Buenas noches, Teniente Stenberk, —saludó cortésmente Jydor mientras el grupo llegaba a la plataforma y se detenía fuera del anillo protector inferior—. ¿Puedo preguntar qué lo trae al «Carta Superior» a estas horas?

—Me temo que traigo algunas noticias desagradables, Maestro Jydor, —dijo Stenberk. Su tono también permanecía siendo cortés, pero revelaba un tinte de circunspección oficial debajo del mismo—. Le sugiero que continuemos nuestra conversación en su oficina.

—¿De qué tipo de noticias desagradables se trata?, —preguntó Phramp antes de que Jydor pudiera responder. Los jugadores finalmente se habían percatado del drama que se avecinaba, mientras sus cartas permanecían olvidadas en sus manos, al tiempo que miraban a la policía—. ¿Es algo que pueda afectar el torneo? Si es así, tenemos derecho a saber de qué se trata.

—Estoy seguro de que no tiene nada que ver con ninguno de ustedes, —intentó calmarlos Chumu.

—¿Cómo puedes saber eso?, —le replicó Phramp con desdén—. Claro que no, en nombre de todos nosotros, los jugadores, le solicito formalmente que esto sea manejado de manera abierta, donde todos podamos enterarnos de lo que está ocurriendo.

—Maestro Phramp…, —comenzó Chumu.

—De hecho, voy a ir más allá, —le cortó Phramp—. Después de haber pagado diez millones de créditos por un asiento en esta mesa, insisto en que el Teniente Stenberk diga lo que tiene que decir aquí y ahora.

Chumu levantó la vista hacia Jydor y le extendió las manos como pidiendo ayuda; como si toda esta escena no hubiese sido cuidadosamente montada entre él y Phramp con un guión.

—¿Maestro Jydor?, —le preguntó.

—No tengo nada que ocultar, —dijo Jydor, manteniendo su voz firme, pero con los ojos entrecerrados—. Puede proceder, Teniente.

—Como quiera, —dijo Stenberk—. Lamento informarle, señor, que Lady Carisica Vanq ha sido encontrada muerta en su casa.

Jydor se enderezó en su asiento.

—¿Está muerta? ¿Cómo?

Lando desvió su atención hacia Chumu. Empezaba a adivinarse el indicio de una sonrisa de satisfacción en las comisuras de los labios del gestor de negocios.

—Fue un suicidio, señor, —dijo Stenberk—. Ella se disparó con un bláster.

La sonrisa en el rostro de Chumu se esfumó.

—¿Un suicidio?, —jadeó—. Pero… ¿y cómo lo saben?

—Ella dejó una nota, —dijo Stenberk, volviéndose hacia él—. Más precisamente, ella nos la ha transmitido a nosotros.

—Esa es la…, —Chumu cerró la boca—. Quiero decir…

—La razón por la que estamos aquí, señor, —continuó Stenberk, mirando nuevamente hacia Jydor—, es porque Lady Vanq también poseía una estatua Tchine como la suya. Dadas las circunstancias, estoy seguro que entenderá.

—Por supuesto, —dijo Jydor—. Voy a hacer que el Maestro Chumu traiga mi certificado de compra y autenticidad.

—Eso nos sería muy útil, señor, —dijo Stenberk—. También vamos a requerir… un momento, por favor, —se interrumpió, sacando su comlink—. Stenberk.

Se produjo un momento de silencio mientras escuchaba.

—Entendido, —dijo—. Gracias, Sargento.

Apartó su comlink.

—Resulta que el certificado no será necesario después de todo, —le dijo a Jydor—. Se nos ha permitido ingresar a la caja de seguridad de Lady Vanq, y su Tchine se encuentra allí.

En ese momento, los ojos de Chumu se desorbitaron por completo, mientras su respiración se hacía rápida y poco profunda, y se quedaba con el rostro tenso y la expresión de un total desconcierto.

—¿Está seguro de que no es…, —se interrumpió—. Entiendo que algunos coleccionistas hacen copias de sus obras de arte, —continuó, con la voz tensa, mientras se hacía obvio que sus palabras habían sido elegidas con sumo cuidado—. ¿Está seguro de que la Tchine que encontraron no es algo por el estilo?

—Bastante seguro, —dijo Stenberk, observando a Chumu con recelo—. El escaneo de los sensores arroja una lectura que es exactamente compatible con la de una auténtica Tchine. —Miró a Jydor nuevamente—. Siento haberle molestado, señor. —Comenzó a retirarse.

—¡Aguarda ahí!, —estalló Zerba bruscamente, golpeando con el dedo a Phramp—. ¿Qué demonios, eso es un skifter. ¡Tiene un skifter!

—¿De qué estás hablando?, —le replicó Phramp, con el ceño fruncido mirando sus cartas—. Yo no uso skifters.

—Al igual que el diablo, que tampoco los usa. —Zerba señaló enfáticamente a Stenberk—. Usted, Teniente. Venga aquí. Necesito un testigo.

—¿Maestro Jydor?, —preguntó Stenberk.

—Por supuesto, —dijo Jydor, haciendo un gesto hacia el Teniente mientras miraba con severidad a Phramp—. Echemos un vistazo.

Se acercó por detrás de Phramp mientras Stenberk subía los escalones. Lando miró nuevamente a Chumu, comprobando que el desconcierto anterior del gerente se había convertido en un horror congelado.

Stenberk se colocó detrás de Phramp y le arrancó las cartas de la mano. Revisó cada esquina de las cartas.

—Tiene razón, —le dijo a Jydor, ofreciéndole una de las cartas—. Es un skifter.

—Eso es imposible, —protestó Phramp—. Debe haberme sido sembrada.

—¿Cómo?, —le preguntó Jydor—. Tú estás repartiendo esta mano.

—Yo…, —escupió Phramp, mirando alrededor de la mesa totalmente desconcertado—. No lo sé. Pero debe haber sido así.

—¡Fuera de aquí!, —le ordenó Jydor, con una entonación suave que revelaba una amenaza mortal—. No quiero volver a verte en el «Carta Superior» de nuevo.

En silencio, con el rostro desencajado por una mezcla de confusión y enojo, Phramp se puso de pie y se dirigió escaleras abajo, moviéndose como un hombre que despertase de un mal sueño.

—¿Quiere que lo arreste?, —le preguntó Stenberk.

—No se moleste, —le dijo Jydor, observando mientras Phramp se abría paso a través de la multitud hacia la salida—. Alguien pagó diez millones de créditos para meterlo en el juego. Dudo que el castigo que vaya a recibir por parte de su patrón por el fracaso, sea más contemplativo que la sanción legal por hacer trampa en el Sabacc.

—Probablemente tenga razón, —estuvo de acuerdo Stenberk—. Hablando de Sabacc, será mejor que los deje continuar con su torneo. Siento haberlo interrumpido.

—No hay problema, —dijo Jydor, con los ojos todavía clavados sobre Phramp.

Lando volvió a mirar a Chumu de nuevo.

Esta vez, Chumu estaba mirándolo a él. Y había una mirada que gritaba que lo asesinaría en esos ojos.

Era tiempo para que Lando se hiciera humo. Poniéndose de pie, le dio la espalda a Chumu y se dirigió hacia el otro lado del salón de baile.

Pero no hacia la entrada principal, que era la dirección en la que Phramp se había ido. Por los próximos minutos, esa zona podría resultar poco saludable para que Lando se aproximara a ella.

Afortunadamente, tenía otras opciones. La noche anterior, a esta misma hora, se había dado cuenta de que una de las grandes cámaras laterales, que se encontraba separada del salón de baile principal por un elevado arco, permanecía cerrada salvo en las horas de limpieza. Siendo los horarios de limpieza tan rígidos como a menudo lo eran aquí las cosas, existía una buena probabilidad de que tampoco estuviera cerrada ahora.

No lo estaba. Deslizándose por la sencilla barrera de sogas que estaba colocada entre la cámara y el salón de baile, aceleró el paso, enrumbándose hacia la salida de emergencia que estaba en el otro extremo.

—¡Deténgase!

Lando se permitió dar dos pasos más antes de detenerse. Manteniendo las manos visibles, se dio vuelta.

Chumu avanzaba a grandes zancadas hacia él, con el rostro echando chispas, y con un pequeño bláster ligero alojado en su mano.

—Me gustaría pensar que usted tiene mejores cosas que hacer en este momento, —sugirió Lando—. Para empezar, una manera de arreglar todo este desastre.

—El desastre se cierne encima suyo, no sobre mí, —replicó Chumu, deteniéndose a tres pasos de distancia y apuntando el arma hacia el estómago de Lando—. ¿Quién es usted? ¿Y para quién trabaja?

—Mi nombre está en la ficha de inscripción del torneo, —dijo Lando—. Y no trabajo para nadie.

—No, por supuesto que no lo hace, —murmuró Chumu entre dientes con sarcasmo—. ¿Usted acaba de tropezarse con mis planes, y es tan sólo ahora que decidió escupir sobre ellos, no es verdad?

—En realidad, eso es casi exactamente lo que pasó, —admitió Lando—. Aunque supongo que en su lugar, yo tampoco lo creería. —Asintió con la cabeza hacia el desintegrador—. Usted no estará pensando seriamente en tomar el camino de la

venganza, ¿verdad? Dudo que la policía crea que han coincidido dos suicidios por desintegrador en el mismo día.

—Ah, eso fue especialmente listo, —gruñó Chumu—. ¿Qué fue lo que hizo, se introdujo en el programa de bloqueo de androides de Rovi y cambió el mensaje?

—Básicamente, —dijo Lando—. Sin embargo, ése fue un gran plan. En serio. Congelar a Jydor para dejarlo fuera de su propia operación, y al mismo tiempo tumbar a sus dos competidores más grandes, realmente fue genial. El ganador se lo lleva todo, tal cual como Jydor anunció desde un principio. —Al instante lo reconsideró—. Aunque ahora, supongo que se debería decir que el ganador lo pierde todo.

Chumu resopló.

—¿Qué le hace pensar que he perdido?

—Por favor, —dijo Lando desdeñosamente—. ¿Qué va a hacer, encontrar a otro de los rivales de Jydor al cual pueda usted matar, e incriminarlo por esto? La policía sabe cómo identificar patrones, ya lo sabe.

—¿Qué patrones?, —contraatacó Chumu—. No existe ningún patrón aquí. Gracias a usted, la muerte de Vanq va a ingresar en las estadísticas como un suicidio. —Levantó el bláster un poco más—. Y usted tiene razón acerca de que dos suicidios parecerían sospechosos. Supongo que tendremos que matarlo en defensa propia.

—¿Tendremos… significa usted y Rovi?, —le preguntó Lando—. ¿O simplemente significa Rovi? Por lo general, los tipos «mente maestra» como usted, no se encargan de los asesinatos por sí mismos.

—Normalmente no, es verdad, —estuvo de acuerdo Chumu—. Pero en su caso, creo que voy a hacer una excepción. —Con la mano libre, sacó otro bláster ligero y lo tiró al suelo a los pies de Lando—. Recójalo.

—No lo creo, —dijo Lando, sin hacer ningún movimiento hacia el arma—. No me gustaría que haya algún malentendido para cuando llegue la policía.

Chumu negó con la cabeza.

—Buen intento, pero todos los policías se han ido en otra dirección.

—Van a regresar, —le aseguró Lando—. En este momento, es probable que estén simplemente disfrutando el espectáculo.

Chumu frunció el ceño.

—¿Que espectáculo?

—Ése.

Sonriendo, Lando levantó la mano y señaló hacia arriba…

… a la cámara droide que Tavia había reprogramado, asignándole la tarea de seguir a Lando por todo el Casino.

—El ganador lo pierde todo, —dijo Lando en voz baja—. Y mi amiga tiene razón. Usted realmente necesita prestar más atención a lo que ocurre a su alrededor.

Chumu se encontraba de pie inmóvil, al parecer sin nada más que decir, para cuando Stenberk y sus hombres llegaron.

—Entonces, ¿cómo se siente?, —le preguntó Tavia, mientras la policía escoltaba a Chumu a través de la murmurante multitud, hacia afuera por la puerta del salón de baile—. ¿Quiero decir, hacer lo correcto?

Una respuesta automática, ligeramente sarcástica le vino a la mente de Lando. Pero Tavia merecía algo mejor que eso.

—Se siente bien, —admitió. Miró de nuevo hacia la plataforma, al torneo que ya estaba en marcha otra vez—. También siento que realmente me costó caro.

—No habrías ganado, —le recordó Bink—. Lo sabes, ¿no es cierto?

—Tal vez, —le dijo Lando—. Probablemente. —Exhaló un suspiro—. ¿Sabes qué es lo peor de ser un jugador? Es tener que preguntarse sobre lo que podría haber sido. Cómo un juego diferente, una carta diferente, una mano diferente, podrían haber hecho la diferencia cambiando por completo el universo.

Bink soltó un pequeño resoplido.

—Tengo noticias para usted, señor Lando. Ése no es el problema solamente de los jugadores. Así es la vida, para todo el mundo.

—Ella tiene razón, —dijo Tavia con sobriedad—. Una vez que se ha tomado una decisión, nunca se puede volver atrás y cambiarla. A veces, corriente abajo, puedes tener la oportunidad de modificar sus efectos. Pero la decisión original permanece allí para siempre.

—Y todos tenemos esas interrogantes y remordimientos, —concordó Bink—. Realmente hay una sola manera de apaciguarlos.

—¿El tiempo?

Ella sonrió.

—… es dinero. —Tomando su mano, colocó algo sobre ella—. Aquí están los diez mil créditos que me pagó Chumu por decirle que la Tchine era una falsificación.

Lando frunció el ceño.

—¿Para mí? ¿No deberíamos dividirlos en cuatro partes?

—Deberíamos, —Bink estuvo de acuerdo—. Pero no vamos a hacerlo.

—Después de todo, nosotras te arrastramos a esto, —le recordó Tavia—. No es como ganar una figurita de cuarenta millones de créditos, pero al menos podrán sacarte del planeta y llevarte a algún lugar más prometedor.

—Pero…

—Y no te preocupes por nosotras, —le advirtió Bink, cerrando firmemente los dedos de Lando sobre la ficha de créditos—. Si conozco a Zerba como lo conozco, ya pronto estará allá afuera buscando otro trabajo, mientras nosotros seguimos hablando.

—O revisando los bolsillos de la gente, —dijo Tavia con desaprobación.

—De cualquier modo, vamos a estar bien, —dijo Bink—. Así que vete. Shoo.

Lando hizo una mueca. A veces era el momento para oponerse, pero a veces también era el momento para aceptar simplemente las cosas con un agradecimiento.

Y no era porque no se lo hubiera ganado realmente.

—Cuídense ustedes dos, —dijo. Cogiéndolas a ambas de la mano derecha, las elevó hasta sus labios para darles un rápido beso a cada una.

—Lo haremos, —dijo Tavia.

—Hasta el próximo trabajo, —añadió Bink con una pícara sonrisa.

—Lo cual probablemente no ocurrirá hasta dentro de un largo plazo, —le advirtió Lando.

Bink se encogió de hombros.

—Tal vez. Uno nunca sabe.